

VIDA DE SAN ROMUALDO, ABAD Y CONFESOR, FUNDADOR DE LA CONGREGACIÓN CAMALDULENSE, ORDEN DE SAN BENITO. (Año 1027, 19 de junio) Con anotaciones anónimas.

426 PRÓLOGO.

Nos quejamos de ti, mundo impuro, porque tienes una multitud intolerable de sabios necios que son elocuentes para ti, pero mudos para Dios. Tienes a quienes, a través de la vana elocuencia y la filosofía vacía, saben elevarse arrogantemente en los cuernos de la soberbia, pero no tienes a quien quiera anotar en pergaminos algo que sea útil para la edificación de los próximos y los futuros. Tienes, digo, a quienes en los tribunales de los jueces pueden declamar continuamente sobre los pleitos de los negocios seculares y las disputas de las causas, pero no tienes a quien pueda describir en la santa Iglesia las virtudes y los claros hechos de uno solo de los santos. Son sabios para hacer el mal, pero no saben hacer el bien (Juan IV). He aquí que ya han pasado casi tres lustros desde que el bienaventurado Romualdo, habiendo dejado el peso de la carne, migró a los reinos celestiales, y aún no ha habido entre estos sabios quien, de tantos elogios de su vida admirable, al menos algunos los haya redactado en estilo histórico, y, satisfaciendo la devoción ávida de los fieles, los haya entregado a la Iglesia santa para ser leídos en beneficio común. Para nosotros, sin embargo, que residimos en el estrecho rincón de una celda, era más útil, como nos propusimos, recordar continuamente nuestros propios pecados ante los ojos de la mente, que tejer la historia de la virtud ajena; más conveniente llorar las tinieblas de la culpa cometida, que oscurecer con palabras inexpertas los espléndidos signos de santidad. Sin embargo, cuando al sepulcro de él, desde tierras lejanas, durante todo el año, y especialmente en su festividad, se congrega una multitud de fieles, contemplan los milagros realizados por él divinamente, desean ardientemente escuchar la historia de su vida, pero, como no existe, no pueden escucharla; no irracionalmente tememos que su famosísima fama, que aún se proclama en boca de todo el pueblo, con el paso del tiempo, sea completamente borrada de la memoria de los hombres.

Por lo tanto, impulsado por este temor, y vinculado por las súplicas de muchos hermanos y por la genuina caridad, lo que aprendí sobre el mencionado hombre admirable de sus ilustres discípulos, me atreveré, con la ayuda de Dios, a describir, y el inicio, curso y fin de su vida, ciertamente como un hombre inexperto, no tejiendo una historia, sino haciendo una especie de breve recordatorio, intentaré escribir con cualquier recurso de letras. Sin embargo, deseo que mi lector sepa primero esto, que no recogeré en esta pequeña descripción muchos de los milagros realizados por él, sino que más bien me esforzaré en relatar el orden de su vida, que en todos los aspectos concierne a la edificación. El bienaventurado hombre, en efecto, se protegió tanto del viento de la vana gloria bajo el manto de la humildad, que, dondequiera que pudo ser visto como admirable por los ojos humanos, lo suprimió con el más diligente ocultamiento. Sin embargo, aunque no hubiera realizado milagros, llevando una vida admirable, no sería digno de menor veneración. Pues no se lee que el Precursor del Señor realizara milagros, de quien la Verdad misma testifica que no se levantó ninguno mayor entre los nacidos de mujer (Mateo XII). Algunos, en efecto, piensan que honran a Dios si inventan mentiras al exaltar las virtudes de los santos. Estos, ciertamente, ignorando que Dios no necesita nuestra mentira, dejando la verdad, que él mismo es, piensan que pueden agradarle con un invento de falsedad. Jeremías los reprende bien, diciendo: "Enseñaron a sus lenguas a hablar mentira, trabajaron para actuar inicualemente" (Jeremías IX). Pues quienes fácilmente podían relatar la verdad simple ofrecida espontáneamente, sudan en vano labor componiendo lo que no saben, y cuanto más se creen estar de pie como ayudantes de Dios, tanto más, en verdad, luchan pertinazmente como falsos testigos contra Dios, como atestigua el Apóstol a

los Corintios, quien dice: "Si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación, vana es vuestra fe"; luego añade: "Nos hallamos como falsos testigos de Dios, porque hemos dado testimonio contra Dios, que resucitó a Cristo, a quien no resucitó" (I Corintios XV). Pero como, obligados por la necesidad de escribir, hemos anticipado estas cosas como conmovidos, ya con sus oraciones, de quien hablamos, con la ayuda de Dios, pasemos al orden de la narración.

428 CAPÍTULO PRIMERO. Causa de la conversión de Romualdo.

Romualdo, pues, oriundo de la ciudad de Rávena, nació de la ilustrísima estirpe de los duques. Cuando ya había llegado a la adolescencia, comenzó a inclinarse al pecado de la carne, vicio con el que esa edad suele atacar más vehementemente a los hombres, especialmente a los ricos. Sin embargo, devoto de mente a Dios, frecuentemente intentaba levantarse, y se proponía hacer algo grande. Pues, si alguna vez se disponía a la caza, dondquiera que pudiera encontrar un lugar ameno en los bosques, su ánimo se encendía de inmediato con el deseo de la ermita, diciendo para sí: ¡Oh, cuán bien podrían habitar los ermitaños en estos retiros de los bosques! ¡Cuán adecuadamente podrían aquí descansar de toda perturbación del ruido secular! Y así, su mente, inspirada celestemente, ya adivinaba en amor lo que después cumpliría en obra.

Tenía un padre, llamado Sergio, muy atento al mundo y completamente implicado en negocios seculares. Mientras ejercía enemistades contra un pariente suyo por la posesión de un prado, viendo a su hijo Romualdo vacilar en la contienda y temer profundamente el crimen de fratricidio, comenzó a amenazar con desheredarlo si permanecía más tiempo en la misma opinión. ¿Qué más? Finalmente, ambas partes enemistadas salieron de la ciudad hacia el lugar de la disputa, tomaron las armas y libraron una guerra civil, y, mientras se luchaba cuerpo a cuerpo, de repente el enemigo y pariente de Sergio fue asesinado por su mano. Romualdo, aunque no infligió ninguna herida al muerto, porque estuvo presente, recibió penitencia por tan gran culpa, y de inmediato se dirigió al monasterio de Clásico de San Apolinar, donde, como los homicidas, debía permanecer en luto durante cuarenta días.

429 CAPÍTULO II. La conversión misma, y que el cuerpo de San Apolinar sin duda yace en el monasterio de Clásico.

Allí, mortificándose continuamente con estricta penitencia, comenzó a tener un coloquio diario con un converso, de quien también, según la mediocridad de su entendimiento, escuchaba a menudo consejos de buena exhortación. Cuando el converso lo amonestaba frecuentemente a posponer la vida secular por completo y apresurarse al orden de la santa conversación, pero no podía humillar su mente a esto, en alguna ocasión, entre otras cosas, como regocijándose, dijo: Si te muestro a San Apolinar en forma corporal, de modo que puedas verlo claramente, ¿qué recompensa recibiré de ti? A esto, Romualdo respondió: Me obligo con firme e inviolable compromiso a que, tan pronto como vea al santo mártir, no permaneceré más en el siglo. Por lo tanto, el converso lo exhorta a que esa noche Romualdo posponga dormir y vigile en oraciones con él dentro de la iglesia. Y cuando ambos perseveraban pacientemente en oración en el silencio nocturno, he aquí que cerca del canto del gallo de la noche, San Apolinar, visible para estos dos, salió de debajo del altar que se ve construido en medio de la iglesia en honor de la Virgen María. Pareció salir por la parte oriental, precisamente donde yace el mármol púrpura. Inmediatamente, un gran resplandor llenó toda la iglesia, como si el sol contuviera sus rayos de fulgor dentro de esos muros. Entonces, el santísimo mártir, adornado maravillosamente con vestiduras sacerdotales, llevando un incensario de oro en la mano, incensó todos los altares de la iglesia, y, hecho

esto, regresó de inmediato de donde había salido, y pronto todo aquel resplandor, siguiéndolo, dejó de aparecer.

El converso comenzó entonces a insistir vehementemente a Romualdo, como un exigente acreedor, para que cumpliera lo que había prometido espontáneamente, y cuando Romualdo aún resistía y pedía ver de nuevo la misma visión, otra noche perseveraron de manera similar en oración y vieron al santo mártir en todo como antes. Por lo cual, también después, si alguna vez surgía una cuestión sobre el cuerpo del mencionado mártir, Romualdo afirmaba firmemente que estaba enterrado en esa iglesia; y, mientras vivió el santo varón, no cesó de dar este testimonio.

430 Romualdo también tenía la costumbre de dedicarse frecuentemente a la oración ante el altar principal de la Iglesia; y allí, después de que los hermanos se retiraban, se esforzaba por suplicar a Dios con muchos gemidos. Y mientras hacía esto con más atención un día después de la visión, el Espíritu Santo encendió su mente con tal fuego de amor divino que de repente rompió en llanto, no pudo contener los abundantes ríos de lágrimas, se postró a los pies de los monjes, y con un deseo indescriptible pidió que se le entregara el hábito monástico. Los monjes, temiendo la dureza de su padre, no se atrevieron a abrirle el camino a su conversión. Honestus, quien entonces ocupaba la cátedra arzobispal de Rávena, había sido anteriormente abad del monasterio de Clásico; por lo tanto, Romualdo lo visitó diligentemente y le reveló todo el deseo de su corazón. Este, al alegrarse, añadió estímulos de exhortación a la casta concupiscencia, y ordenó a los hermanos que lo admitieran sin demora en su comunidad. Así, apoyados por el patrocinio de este, los coenobitas recibieron a Romualdo con intrépida seguridad y le entregaron el hábito de la santa conversación. En ese monasterio pasó casi tres años.

CAPÍTULO III. Cómo los monjes, corregidos, quisieron arrojar a Romualdo desde el solarío.

Pero cuando vio allí a algunos viviendo más relajadamente por el camino ancho, y a él no se le permitía tomar el arduo camino de la perfección que su mente dictaba, comenzó a preguntarse ansiosamente qué debía hacer, y se vio obligado a agitarse con muchos oleajes de pensamientos. Se atrevía a corregir duramente la vida de los que vivían ligeramente, y a menudo, para su confusión, convocaba los preceptos de la regla como testimonio. Y cuando insistía vehementemente en reprender sus vicios, y ellos consideraban las palabras del joven y novicio como nada, finalmente, al no soportar esta afrenta, al despreciar enmendar su propia vida, comenzaron a tratar sobre la muerte del que los corregía. Romualdo solía levantarse por la noche antes que los demás hermanos, y, si la puerta del oratorio aún estaba cerrada, vigilaba en oraciones dentro del dormitorio mismo. El edificio mencionado estaba construido en alto, como un solarío. Este fue el consejo que los hijos de Caín, dictado por el diablo, encontraron, que, cuando Romualdo se levantara antes que los demás como de costumbre, lo arrojarían de cabeza al suelo a través de la ventana del solarío. Cuando esto le fue revelado a Romualdo por un cómplice de la conspiración, él, desde entonces, orando al Padre suyo dentro de la celda de su corazón, con la puerta de su boca cerrada, evitó el peligro inminente. De este modo, mientras se cuidaba de la caída del cuerpo, cerró a los hermanos el abismo de la iniquidad para que no cayeran en la muerte de las almas.

CAPÍTULO IV. Cómo Romualdo se retiró a la ermita.

Y cuando en su ánimo el amor por la perfección crecía más y más cada día, y su mente no encontraba descanso, oyó que en las partes de Venecia había un hombre espiritual, llamado Marino, que llevaba una vida eremítica. Con el consentimiento del abad y de los hermanos,

que ciertamente obtuvo muy fácilmente, llegó navegando al mencionado venerable hombre, y decidió vivir bajo su gobierno con la más humilde devoción de mente. Marino era, entre otras virtudes, un hombre de ánimo simple y de una pureza muy sincera, no instruido en la vida eremítica por ningún magisterio, sino que había sido incitado a ella solo por el impulso de la buena voluntad. Tenía, además, este modo de vida, que durante todo el año, en tres días de la semana, comía media hogaza de pan y un puñado de habas, y en tres días tomaba vino y guiso con discreta sobriedad. Rezaba el salterio completo cada día. Pero, ciertamente rudo y de ninguna manera instruido en el orden de la vida singular, como el mismo San Romualdo solía relatar alegremente después, a menudo, saliendo de la celda, paseaba cantando salmos con su discípulo por la amplitud de la ermita, ahora bajo este árbol veinte, ahora bajo aquel treinta o cuarenta salmos. Romualdo, sin embargo, porque había dejado el siglo como un idiota, apenas podía explicar las notas de sus versos del salterio sílaba por sílaba; y esta fijación de los ojos en lo bajo le generaba una intolerable importunidad de acedia; Marino, llevando una vara en la mano derecha, golpeaba a Romualdo en la parte izquierda de la cabeza muy a menudo. Después de mucho tiempo, Romualdo, impulsado por una necesidad muy grave, dijo humildemente: Maestro, si te place, golpéame de ahora en adelante en el lado derecho, porque ya he perdido completamente la audición del oído izquierdo. Entonces, admirado por tanta paciencia, Marino moderó la disciplina de su severidad indiscreta.

CAPÍTULO V. Cómo Pedro Urseolo fue primero hecho duque, y después se convirtió.

En ese mismo tiempo, Pedro, apodado Urseolo, gobernaba las riendas del ducado Dálmata. Quien, en efecto, había merecido ascender a esta dignidad porque había sido partidario de los asesinos de su predecesor, Vital Candiano. No está fuera de lugar, creo, exponer brevemente por qué fue asesinado aquel por sus propios. Había tomado en matrimonio a la hermana de Hugo el Grande, aquel marqués, y, incitado por la envidia de su cuñado, adquiría muchos soldados de las partes de Lombardía y Toscana, ofreciendo generosos estipendios de dinero. Esto, sin embargo, los habitantes de Venecia no lo soportaron, y en secreto conspiraron para irrumpir violentamente armados en el palacio del duque, y matarlo a él y a toda su casa sin ninguna dilación. Al enterarse de esta conjura, el duque Vital, rodeado de guardias nocturnos y diurnos, frustraba las insidias hostiles. Estos, sin embargo, intentando esto y aquello, pero sin poder alcanzar el efecto de su facción iniciada, finalmente decidieron incendiar primero la casa de Pedro, que estaba contigua al palacio del duque, y de este modo capturar al duque y quemar toda su casa. A cambio de una casa suya que quemarían, le prometieron someter toda Venecia a su dominio, y, eliminado aquel a quien odiaban, lo harían duque en su lugar. Así, Pedro obtuvo el principado del reino Dálmata, quien después, habiendo disfrutado ya del placer de su ambición, finalmente fue compungido de corazón por la gracia divina.

Un venerable abad, Guarino de nombre, solía peregrinar por diversas regiones del mundo por la gracia de la oración desde los confines de la Galia más lejana. Este también, al llegar al duque, fue inmediatamente requerido por él para que le proporcionara consejo para escapar del peligro de tan gran culpa. Llamados, pues, Marino y Romualdo, se le ordena con sentencia común que dejara el siglo junto con el ducado que había usurpado por iniquidad, y, porque había irrumpido injustamente en la cima de un dominio ajeno, se sometiera él mismo al dominio de un poder ajeno. Sin embargo, el hombre, ciertamente en el poder, porque no se atrevió a hacer manifiesta su conversión, consideró que este consejo era seguro de seguir. Por lo tanto, con la festividad de un santo mártir inminente, de cuyo nombre aún tenía una basílica en su propia posesión cuando era privado, envió allí a su esposa el día anterior, él mismo como si fuera a seguirla de inmediato; ordenándole que proveyera con el mayor cuidado el adorno de la iglesia, y preparara para el día siguiente suntuosas delicias de banquetes para los que venían con él. Sin embargo, él, permaneciendo después de su esposa,

llevándose de sus tesoros lo que le parecía, con un familiar suyo, Juan Grandenico, quien había sido cómplice de la mencionada conjura, y con los tres bienaventurados hombres que mencionamos antes, subió a un barco, y luego huyó a Galia al monasterio del abad Guarino como un gran converso. Hechos monjes Pedro y Juan en el monasterio de San Miguel, Marino y Romualdo, no lejos del monasterio, regresaron a la vida singular a la que estaban acostumbrados. A estos mismos hermanos ya mencionados, después de apenas un año, se unieron para soportar la severidad de la misma soledad.

CAPÍTULO VI. Cómo Romualdo vivió un año de un puñado de garbanzos al día, y tres años de su propia agricultura.

Mientras tanto, Romualdo, con el deseo de su mente encendido, comenzó a crecer maravillosamente de virtud en virtud: y a adelantarse mucho más que los demás hermanos en los pasos de la santa conversación: de modo que ya, cualquier cosa que él decidiera entre los hermanos, ya sea sobre cosas espirituales o incluso corporales, prevalecía completamente su sentencia con el consentimiento de todos. Marino también se alegraba de ser devoto de Romualdo, a quien recientemente había sido superior. Durante un año completo, Romualdo no tuvo otra cosa para comer, sino que vivió solo de un puñado de garbanzos cocidos cada día. Durante tres años, él y Juan Grandenico, rompiendo la tierra con azadas y sembrando trigo, vivieron del trabajo de sus manos. Quienes, mientras ejercían la agricultura, duplicaban el peso del ayuno.

435 CAPÍTULO VII. De la diversa lucha del diablo que soportó.

Sin embargo, el diablo atacaba a Romualdo con muchas y variadas insinuaciones de tentaciones, especialmente al inicio de su conversión, y arrebatava su mente con muchos incentivos de vicios, a veces recordándole lo que y cuánto, como hombre valiente, podía haber adquirido en el siglo; a veces lo que había dejado sin heredar a los ingratos parientes; a veces acusaba que lo que hacía era demasiado pequeño y sin mérito; a veces, infundiendo el honor de tanto trabajo, prometía un largo espacio de vida. ¡Oh, cuántas veces, golpeando su celda, lo despertó cuando apenas comenzaba a dormirse, y como si el crepúsculo ya estuviera inminente, lo mantuvo vigilando toda la noche! Durante casi cinco años, el diablo yacía sobre sus pies y piernas durante la noche; y, para que no se volviera fácilmente de un lado a otro, lo agobiaba con un tipo de peso fantasmal. ¿Quién puede explicar cuántas bestias rugientes de vicios soportó? ¿Cuántas veces expulsó a los espíritus inicuos presentes con durísimas increpaciones? Por lo cual, también, si algún hermano, impulsado por cualquier necesidad, visitaba su celda en tiempo de silencio, el soldado de Cristo, preparado para la batalla, pensando que era el diablo, lo increpaba con claras voces, diciendo: ¿A dónde vas ahora, inmundo? ¿Qué haces en la ermita, tú que fuiste arrojado del cielo? Retírate, perro inmundo; desvanece, serpiente vetusta. Con estas y otras palabras similares, declaraba que siempre estaba en la línea de batalla con los espíritus malignos, y armado con las armas de la fe, salía al campo de inmediato a enfrentar a los enemigos provocadores.

CAPÍTULO VIII. Un modo de vida de Romualdo; y sobre la penitencia del duque Pedro, y su profecía.

Sucedió que, en cierta ocasión, mientras leía un libro sobre la vida de los Padres, Romualdo se encontró con un pasaje donde se relataba que algunos hermanos, ayunando individualmente durante toda la semana, se reunían el día sábado; y tanto ese día como el domingo interrumpían el rigor del ayuno y comían con más moderación. Romualdo adoptó

inmediatamente este modo de vida y permaneció en él con continua austeridad durante casi quince años o más. Sin embargo, el duque Pedro, acostumbrado a ser educado con muchas delicias, ya no podía soportar el peso de un ayuno tan estricto. Por lo tanto, se postró humildemente a los pies del Beato Romualdo. Al ser ordenado a levantarse, se vio obligado a revelar su necesidad con vergüenza. "Padre", dijo, "porque tengo un gran cuerpo, no puedo sostenerme con esta mitad de pan por mis pecados". Romualdo, compadeciéndose piadosamente de su fragilidad, añadió un cuarto de pan a la medida habitual y así extendió la mano de la misericordia al hermano que ya estaba cayendo, para que no desfalleciera por completo, y lo confirmó en el camino de la buena vida que había comenzado. Su hijo, que llevaba su mismo nombre y era un hombre muy prudente según el mundo, lo visitó en alguna ocasión. El Padre, no sé si por espíritu de profecía o por alguna revelación, le predijo todo lo que le iba a suceder. "Sé, hijo mío, sin duda alguna", dijo, "que te harán duque y prosperarás. Solo procura conservar los derechos de las Iglesias de Cristo y no te desvíes de la justicia hacia tus súbditos por amor u odio alguno".

CAPÍTULO IX. Otro modo de vida de Romualdo.

Después de esto, Romualdo, al leer nuevamente que el santo Silvestre, obispo de la ciudad de Roma, había instituido que el día sábado debía ser de ayuno, como en verdad las vigiliass del santo Pascua, cambió inmediatamente la relajación del sábado al jueves, y así, considerando la debilidad de los enfermos, hizo más fácil el largo ayuno con discreción. Esta regla de vida la estableció para todos los seguidores de la vida solitaria, de modo que cada uno sepa que está observando el ayuno de la vida eremítica si, durante la semana, ayuna tres días y dos días, y el jueves y los domingos consume verduras o cualquier condimento con acción de gracias, exceptuando las dos Cuaresmas del año; en las cuales no solo él, sino también muchos de sus discípulos solían continuar el ayuno durante toda la semana. Y ciertamente era muy apropiado que quien siempre se esforzaba por alabar a Dios en el coro y con el tambor, resonara continuamente en los oídos de la luz infinita las principales consonancias de la armonía musical, a saber, la octava, la quinta y la cuarta. Sin embargo, ayunar completamente, es decir, pasar el día sin ningún alimento, aunque él lo hacía muy a menudo, lo prohibía de todas maneras a los demás. Decía que para quien tiende a la perfección es sumamente apropiado comer diariamente y siempre tener hambre, para que la carne, por costumbre, alivie lo que al principio de la conversión parece pesado a los novicios. No le importaba si alguien comenzaba algo grande por un tiempo, si no perseveraba en ello con paciencia.

Aconsejaba especialmente que las vigiliass se hicieran con moderación y gran discreción, para que no sucediera que alguien, después de los oficios nocturnos, consintiera en el sueño. En verdad, el santo varón tenía tal aversión a este tipo de sueño que, si alguien le confesaba haber dormido después de las vigiliass de doce salmos, especialmente al amanecer, no podía celebrar con su permiso los sagrados solemnes de las misas ese día. También decía que era mejor, si es posible, cantar un salmo de corazón y con compunción que recitar cien con distracción mental. A quien no se le hubiera dado esta gracia perfectamente, lo exhortaba a no desesperar de ninguna manera, ni a enfriarse en el ejercicio corporal, hasta que quien dio la voluntad también le concediera alguna vez la capacidad. Solo que el incienso de la oración, con la intención de la mente fija en Dios, se mantenga, lo que la brisa de los pensamientos externos perturba. Porque donde hay una intención recta, el pensamiento que viene contra la voluntad no es demasiado temido.

CAPÍTULO X. Del conde que robó una vaca y murió al comerla.

En cierto tiempo, mientras aún residía en los confines de la Galia, tenía un agricultor familiar que a veces le hacía utensilios necesarios para la celda y, si algo le era oportuno, más rico en caridad que en bienes, le ministraba alegremente de la escasez de su pobreza. Un conde soberbio y altivo, enviando a sus secuaces, robó con ímpetu bárbaro la vaca de este hombre y ordenó que sus carnes se prepararan para su almuerzo con gran avidez de gula. Pero el campesino, apresurándose a la celda de Romualdo, se quejaba con gritos clamorosos de la pérdida sufrida, lamentando que su esperanza y la de su casa habían sido arrebatadas. Entonces, el santo Romualdo envió rápidamente un mensajero al mismo conde, suplicándole humildemente que devolviera el animal al pobre. Pero el conde, con espíritu arrogante, rechazó sus súplicas y afirmó que ese mismo día probaría qué sabor podrían tener los lomos de la vaca gorda. Sin embargo, al llegar la hora del almuerzo, puesta la mesa, se trajeron las carnes de la vaca, y, con la sentencia de la divina venganza ya inminente, al inicio mismo de la comida, el conde cortó un trozo del lomo bovino y se lo llevó a la boca. De repente, se le quedó atascado en la garganta de tal manera que no pudo ni descender al interior ni ser expulsado con ningún esfuerzo. Así, con el paso del aire obstruido, murió de una muerte terrible entre las manos de los suyos, y de lo que quiso satisfacer la concupiscencia de la carne contra el siervo de Dios, por justo juicio de Dios, perdió la vida carnal aún en ayunas.

CAPÍTULO XI. De Olibano prometiendo su conversión.

Había otro conde, llamado Olibano, en las mismas partes de la Galia, bajo cuya jurisdicción también se encontraba el monasterio del mencionado abad Guarino. Este, elevado a la cima de la potestad terrena, estaba, sin embargo, agobiado por muchas cargas de pecados. En alguna ocasión, visitó a Romualdo con el propósito de una visita, y, mientras los demás permanecían fuera de la celda, comenzó a narrar solo con él la serie de sus acciones, como en confesión. El venerable varón, al escuchar lo que le relataba, le respondió que de ninguna manera podría salvarse a menos que, dejando el mundo, se dirigiera al monasterio. El conde, turbado en su mente, dijo que sus hombres espirituales, que conocían sus acciones, no pensaban así ni le aconsejaban algo tan intolerable. Entonces, convocando a los obispos y abades que habían venido con él, comenzó a preguntar en común si las cosas eran como el siervo de Dios testificaba. Todos ellos confirmaron unánimemente la sentencia del Beato Romualdo, excusándose de no haberlo dicho al conde hasta entonces, constreñidos por el temor. Entonces el conde, apartando a todos, acordó en secreto con el Beato Romualdo que iría al monte Casino bajo el pretexto de oración y se entregaría irrevocablemente al servicio divino en el monasterio de San Benito.

CAPÍTULO XII. De Sergio queriendo volver al mundo.

Mientras tanto, Sergio, el padre de Romualdo, se hizo monje, pero algún tiempo después, persuadido por el diablo, arrepentido de su conversión, intentó regresar a Egipto. Los monjes del monasterio de San Severo, que no estaba lejos de la ciudad de Rávena, donde Sergio habitaba en cuerpo pero no en corazón, se apresuraron a informar de esto al Beato Romualdo a través de un mensajero. Afectado por esta noticia adversa, decidió que el abad Guarino y Juan Grandenico, junto con el conde, fueran a su encuentro, mientras él mismo acudía rápidamente en ayuda de su padre que perecía. El duque Pedro ya había cerrado felizmente su último día. Así, encomendó al conde a estos dos en su fe, especialmente a Juan, que le estaba subordinado, ordenándole por obediencia que, incluso si Guarino se retiraba, él nunca se separara del conde.

CAPÍTULO XIII. De la prudencia de Romualdo, el esfuerzo del viaje y la disciplina hacia su padre.

Al enterarse los habitantes de esa región de que Romualdo planeaba partir, se turbaron con gran tristeza y, deliberando entre ellos cómo detenerlo en esta intención, finalmente les pareció mejor enviar asesinos para matarlo con impía piedad, de modo que, al no poder retenerlo vivo, al menos tendrían su cadáver inerte como protección de la tierra. Al enterarse de esto, Romualdo se afeitó completamente la cabeza y, cuando los ejecutores de esta acción ya se acercaban a su celda, comenzó a comer casi con avidez al amanecer. Al verlo, ellos creyeron que estaba demente y, pensando que su mente estaba dañada, se negaron a dañar su cuerpo. Así, el prudente David espiritual superó con locura la astucia de los que eran carnalmente sabios (1 Samuel 21). Pues contuvo a los que querían pecar y, para aumentar sus méritos, evitó el peligro de muerte sin temor a la muerte. Luego, ya libre para usar su facultad, no montado en un caballo ni transportado en un vehículo, sino solo llevando un bastón en la mano, llegó descalzo desde los confines más profundos de la Galia hasta Rávena, y allí, encontrando a su padre queriendo volver al mundo, le ató fuertemente los pies a un madero, lo sujetó con fuertes cadenas, lo afligió con duros azotes y, con severidad piadosa, sometió su cuerpo hasta que, con la ayuda de Dios, devolvió su mente al estado de salvación.

CAPÍTULO XIV. Cómo Sergio vio al Espíritu Santo.

Sergio, finalmente, habiendo recuperado el consejo de una mente sana, enmendó multiplicadamente con pasos rectos de santa conversación todo lo que antes había hecho con voluntad retrógrada. Tenía, entre otras cosas, la costumbre de frecuentar una imagen del Salvador, y allí, orando especialmente, se sacrificaba con abundantes lágrimas y gran contrición del corazón. Un día, mientras persistía atentamente en oración allí, (¡un hecho nuevo e inaudito en nuestros tiempos!) de repente, no sé de qué manera, el Espíritu Santo se le apareció. Inmediatamente, Sergio le preguntó quién era, y él afirmó claramente que era el Espíritu Santo, y de repente, como pasando, se desvaneció de la vista del que lo miraba. Inmediatamente, Sergio, arrebatado en éxtasis y encendido por el fuego de aquel a quien había visto, comenzó a correr rápidamente por el claustro del monasterio, preguntando con gran ímpetu a los hermanos que estaban allí dónde había ido el Espíritu Santo. Ellos, pensando que había caído en la locura y reprendiéndolo duramente, Sergio afirmaba que sin duda había visto al Espíritu Santo y que había pasado visiblemente ante su vista. Inmediatamente, fue atacado por una enfermedad, se postró en el lecho y, en pocos días, terminó con una feliz consumación. De aquí se prueba lo que se dice con la voz divina a Moisés: "No me verá hombre y vivirá" (Éxodo 33). De aquí que Daniel, cuando decía que no había visto a Dios, sino la visión de Dios, añade: "Me desvanecí y estuve enfermo por muchos días" (Daniel 8). Por lo tanto, es correcto que Sergio, después de haber merecido ver la vida eterna, que es Dios, pronto falleciera de la vida temporal.

CAPÍTULO XV. Del muslo de Juan roto por desobediencia.

Olibano, el conde, dejando sus posesiones a su hijo con gran cantidad de riquezas, es decir, quince mulas cargadas de tesoros, acompañado por Guarino y Juan, y también por Marino, se dirigió al monasterio del Beato Benito, y despidiéndose de aquellos que habían venido con él, que hasta entonces no sospechaban nada de él, los obligó a regresar a sus hogares con muchos gemidos y amargos llantos. Marino, poco después, se dirigió hacia Apulia, y allí, viviendo posteriormente en soledad, fue asesinado por ladrones agarenos. Poco tiempo después, Guarino, acostumbrado a viajar por motivos de oración, y Juan, provocado por el ejemplo de su hermano al mismo oficio religioso, decidieron de común acuerdo ir a Jerusalén. Al enterarse de esto, Olibano, triste y llorando, comenzó a suplicar devotamente que no lo abandonaran violando su fe, sino que, como el Beato Romualdo había ordenado, lo

cuidaran en el servicio de Dios, añadiendo también: "Recuerda tú al menos, Juan, que tu maestro me encomendó más especialmente a tu fe, y te impuso el título de desobediencia si te vas". Sin embargo, ellos, con intención obstinada, persistieron en su propósito y, finalmente, dejando a Olibano, emprendieron el camino de la peregrinación. Y, al descender del monte y ya en el llano, se detuvieron en un lugar para tratar algo necesario entre ellos. Y, mientras discutían, de repente el caballo de Guarino, girando con furioso ímpetu en otra dirección, golpeó con su casco de hierro la pierna de Juan y la rompió. Inmediatamente, postrado en el suelo por el intenso dolor, ya tarde recordó las órdenes de su maestro, y se acusó públicamente de traidor y culpable de desobediencia. Pues aprendió en su pierna rota que romper la fe fue un pecado. Y, porque él, siendo capaz de razonar, fue desobediente a su maestro, para la protección de su integridad, el animal irracional no supo obedecer a su jinete. Luego, regresando al lugar de donde había comenzado a venir, pidió que se le construyera una celda cerca del monasterio, y allí permaneció durante casi treinta años, mientras vivió, en santa conversación. En él había mucha caridad, una humildad admirable, y una abstinencia muy estricta y cautelosa, de modo que nadie dentro del claustro del monasterio sabía cómo ayunaba el santo varón. Entre los demás dones de virtudes, tenía tal aversión al vicio de la detracción que, tan pronto como alguien abría la boca para detractar, como una flecha repelida por la fuerza de una piedra que inmediatamente rebota en el que la dirige, así era reprimida la obtrectación por él. Después de su muerte, se realizaron varios milagros divinos a través de él.

CAPÍTULO XVI. De Romualdo golpeado por los demonios.

Romualdo, después de corregir a su padre, estableció su celda en el pantano de Clasis, en un lugar llamado Puente de Pedro. Posteriormente, sin temer la enfermedad del cuerpo, ni aborrecer la náusea del hedor, sino para no relajarse en absoluto del rigor de la abstinencia por la ocasión de la debilidad, se trasladó nuevamente a la finca de Clasis, donde está la iglesia de San Martín, llamada en el Bosque. Allí, un día, mientras cantaba el completorio, porque había sido un antiguo cementerio, como suele suceder, de repente le vino a la mente un pensamiento de este tipo, y pronto un gran horror de ilusión fantástica invadió su ánimo. Mientras esto revolvía repetidamente en su mente, he aquí que los espíritus malignos, con un repentino ímpetu, entraron en su celda, lo derribaron al suelo y lo golpearon con una paliza inmensa, y, agotados sus miembros por el largo ayuno, le infligieron los golpes más crueles. Finalmente, Romualdo, visitado por la gracia divina en medio de los mismos golpes, exclamó: "Querido Jesús, amado Jesús, ¿por qué me has abandonado? ¿Acaso me has entregado por completo en manos de los enemigos?" Ante esto, todos los espíritus inicuos fueron ahuyentados por el poder divino. Y de inmediato, una compunción de amor divino tan grande encendió el pecho de Romualdo que todo su corazón se derritió en lágrimas como cera, y no sintió nada de las muchas contusiones del cuerpo herido. Pronto se levantó sano y fuerte del suelo, y, aunque aún impedido por la sangre, regresó al mismo versículo del salmo que había dejado. En la entrada de los demonios, la ventana de la celda golpeó su frente, en la cual posteriormente quedó una cicatriz manifiesta, que mostró una clara señal de la herida mientras vivió el santo varón.

CAPÍTULO XVII. De los espíritus inicuos que se le aparecían como aves temibles.

Ya el soldado de Cristo, más robusto por la batalla acostumbrada, se esforzaba diariamente por avanzar a mayores, crecer de fuerza en fuerza, y, siempre más fuerte que él mismo, ya no podía temer ninguna insidia del enemigo debilitado. Pues a menudo, mientras estaba sentado en su celda, los espíritus inicuos se le aparecían como cuervos o buitres muy horribles, y, como si estuvieran custodiando el cadáver de un animal, porque no se atrevían a acercarse, se

veían obligados a mirar desde lejos. A menudo se mostraban en figuras de etíopes, a menudo se mostraban a través de las formas de diversos animales. A estos, el claro triunfador de Cristo les insultaba, diciendo: "He aquí, estoy preparado, venid; y si hay alguna fuerza en vosotros, mostradla. ¿Acaso ya estáis completamente derrotados? ¿Acaso ya habéis sido vencidos, y no tenéis ninguna máquina de lucha contra el siervo de Dios?" Con estas y otras palabras similares, confundiendo a los espíritus inicuos, inmediatamente los ahuyentaba, como si les lanzara tantas flechas. Viendo, por lo tanto, el diablo que no podía prevalecer contra el siervo de Dios por sí mismo, recurrió a argumentos astutos, y dondequiera que iba el santo varón, excitaba los ánimos de sus discípulos contra él en malicia, para que, ya que era imposible retenerlo con el ímpetu encendido de su fervor, al menos lo detuviera del cuidado de la salvación ajena, y, ya que él mismo no podía ser superado por el enemigo, al menos no negara la victoria sobre otros.

CAPÍTULO XVIII. De los monjes que golpearon a Romualdo y fueron castigados por la ira divina.

Aliquando, el hombre santo se trasladó al lugar llamado Balneum, situado en el territorio de Saxenati, donde permaneció por un tiempo considerable y construyó un monasterio en honor al Arcángel San Miguel. No lejos de allí, entró en una celda para habitarla. El marqués Hugo le envió siete libras de monedas para sus necesidades; él las aceptó para distribuirlas misericordiosamente. Al enterarse de que el monasterio de Palatioli había sido consumido por el fuego, envió sesenta sólidos de ese dinero para ayudar a los hermanos y reservó el resto para gastar en una obra similar. Al saber esto, los monjes de San Miguel se enfurecieron contra él, tanto porque ya se había opuesto a sus malos hábitos en muchas ocasiones, como porque no les daba todo lo que recibía, sino que destinaba parte a otros. Así, conspiraron y, unánimemente, irrumpieron en su celda con estacas y palos, lo golpearon severamente y, tras saquear todo, lo expulsaron deshonrosamente de sus dominios. Mientras se alejaba, abrumado por una gran tristeza, deliberó consigo mismo que, de ahora en adelante, se contentaría con lo suyo y dejaría de preocuparse por la salvación ajena. Sin embargo, un gran temor invadió su mente, y si persistía obstinadamente en lo que había concebido, no dudaba que se perdería y sería condenado por el juicio divino. Los monjes, satisfechos con la venganza largamente deseada y aliviados como si se hubieran librado de una pesada carga, alabaron entre ellos lo que habían hecho al siervo de Dios y se entregaron a un juego y risa desmedidos, incitados por la alegría. Luego, para celebrar de alguna manera la solemnidad de tan gran alegría, prepararon un banquete con abundantes delicias. Era invierno, lo cual no solo era apropiado para la sucesión de las estaciones, sino también para la frialdad de sus corazones. Uno de ellos, que había sido más cruel con el bendito siervo de Cristo, se apresuraba a conseguir miel para hacer hidromiel para el banquete. Al cruzar el río Sapin con este propósito, tropezó con las tablas y, al caer del puente, fue arrastrado y ahogado por el remolino del río. Justo juicio de Dios, que lo saciara con agua turbia hasta la muerte, porque, en lugar de llorar, había codiciado la dulzura de la miel para el placer de la vida. Durante la noche, mientras todos descansaban como de costumbre, una intensa nevada descendió repentinamente, y toda la estructura del edificio común se derrumbó sobre ellos, aplastando la cabeza de uno, los brazos de otro, y las piernas o cualquier otro miembro de otros. A uno de ellos incluso se le arrancó un ojo, y con razón sufrió la pérdida de la luz corporal, quien, separado de su prójimo, aunque tuviera el otro, perdió la única luz de la doble caridad.

CAPÍTULO XIX. De la orden de San Apolinar a Romualdo.

En una ocasión, el hombre santo no permaneció lejos de Catria. Mientras residía allí por un tiempo, San Apolinar se le apareció claramente y le ordenó con gran autoridad que fuera a su monasterio y habitara allí. El hombre santo, considerando que no debía descuidar esta orden, dejó sin demora el lugar donde se encontraba y se apresuró a donde había sido enviado.

CAPÍTULO XX. De su residencia en Origario.

En cierto momento, el venerable hombre se encerró en la ciénaga de Commiacensi, llamada Origario. De allí, debido al intenso hedor del lodo pantanoso y al aire corrompido, salió tan hinchado y despojado de cabello que apenas se le reconocía como la misma persona que había entrado. Su carne estaba tan verde que apenas se distinguía de un lagarto.

CAPÍTULO XXI. De la celda incendiada y extinguida por oración.

En otro momento, habitó en la isla llamada Pereum, que está a unos doce millas de la ciudad de Rávena. Allí, mientras residía en una celda con un venerable hombre, su discípulo llamado Guillermo, las estrechas paredes del habitáculo fueron repentinamente atrapadas por las llamas, que luego ascendieron y comenzaron a dominar el techo con fuerza libre. Inmediatamente, el hombre santo recurrió a sus habituales defensas, no para sacar lo que había dentro, ni, como es costumbre, para dismantelar las tejas del techo, ni para esparcir abundancia de agua, ni se esforzó en extinguir el fuego con ningún esfuerzo; simplemente oró, y al instante el poder divino extinguió las estridentes bolas de fuego.

CAPÍTULO XXII. Del rey huésped de Romualdo; y de cómo aceptó la abadía.

En ese mismo tiempo, el joven emperador Otón, deseando ordenar la abadía de Clásico, dio a los hermanos la opción de elegir sin dudar a quien quisieran. Ellos inmediatamente pidieron unánimemente a Romualdo. Sin embargo, el emperador, dudando de que el bendito hombre pudiera ser llamado a la corte real por un mensajero, decidió ir él mismo, y llegó a su celda al atardecer. Romualdo, al recibir a tan gran huésped en su pequeña casa, le ofreció su lecho para descansar. Sin embargo, el rey no quiso la manta, pues la consideró demasiado áspera. Al amanecer, el rey lo llevó consigo al palacio y comenzó a insistir con muchas súplicas para que aceptara la abadía. Aunque Romualdo se resistía y negaba completamente su consentimiento a la petición real, el rey, por el contrario, amenazó con excomunió y anatema de todos los obispos, arzobispos y todo el concilio sinodal. Finalmente, ante la inminente necesidad, cedió y aceptó el gobierno de las almas. Relató entonces que esto no le parecía nuevo, sino que le había sido revelado divinamente cinco años antes. Gobernaba a los monjes bajo la estricta disciplina de la regla, y a nadie se le permitía desviarse impunemente de ella; ni noble ni erudito se atrevía a desviarse de la rectitud de la conversación recta por actos ilícitos hacia la derecha o la izquierda. El hombre santo, fijando los ojos de su corazón en el cielo, para obedecer a Dios en todo, no temía desagradar a los hombres. Sin embargo, los hermanos, al considerar esto, primero se acusaron a sí mismos por haber pedido que él los gobernara; luego lo laceraron con muchas murmuraciones de detracción y lo acosaron con duros agujones de escándalo.

CAPÍTULO XXIII. De la abadía abandonada; y de la paz entre el rey y los tiburtinos.

Romualdo, viendo que su perfección se disminuía de alguna manera y que las costumbres de ellos se convertían más fácilmente en peores, se dirigió al rey con diligencia, y, aunque este no cedía fácilmente, en presencia de él y del arzobispo de Rávena, arrojó el bastón y dejó el monasterio. En ese momento, el rey estaba sitiando la ciudad de Tibur. Los ciudadanos

habían asesinado a su ilustre duque, Mazolino, y, tomando las armas, habían expulsado al rey de sus murallas. No cabe duda de que el bendito Romualdo fue enviado allí por la providencia divina, quien eliminó el inminente peligro de tantas almas mediante una paz negociada. Pactó entre ellos que los tiburtinos, en honor al rey, derribarían parte de sus murallas, darían rehenes y enviarían al asesino del duque encadenado a su madre. Esta, mitigada por las oraciones del santo hombre, aunque ofendida cruelmente, perdonó el crimen y permitió que regresara a salvo a su hogar.

CAPÍTULO XXIV. De San Venerio.

El venerable hombre también produjo otro fruto de buena obra en Tibur, que no considero que deba pasarse por alto en silencio. Un hombre bendito, llamado Venerio, comenzó a habitar en el monasterio con tanta humildad y simplicidad que todos los hermanos lo despreciaban burlándose de él, y lo consideraban delirante y demente. Algunos solían abofetearlo, otros lo rociaban con agua sucia con la que lavaban las ollas; otros solían lacerarlo con diversas injurias. Al darse cuenta de que no podía mantener el estado tranquilo de su mente entre tantas adversidades, dejó la comunidad y se apresuró a huir a la soledad. Allí permaneció durante seis años, sin vino ni ningún alimento, bajo la extrema austeridad de la abstinencia. Romualdo, al escuchar su fama, se preocupó por visitarlo. Al preguntarle bajo qué régimen vivía y a quién obedecía en su vida de conversación, respondió que, libre de la autoridad ajena, seguía lo que le parecía más útil. Romualdo le dijo: Si llevas la cruz de Cristo, es necesario que no abandones la obediencia a Cristo. Ve, por tanto, y con el consentimiento de tu propio abad, regresa y vive humildemente bajo su dominio; para que el edificio de la obra sagrada, que la buena voluntad construye, la humildad lo eleve y la virtud de la obediencia lo exalte.

Diciendo estas y muchas otras enseñanzas de edificación, le enseñó cómo resistir sus pensamientos, cómo podría luchar contra las infestaciones de los espíritus malignos, y así lo dejó fortalecido e instruido con gran alegría. Él, acogiendo con gratitud las enseñanzas del santo hombre, fue inmediatamente a su abad, obtuvo su consentimiento y regresó lo más rápido posible a la soledad amada. Deseando habitar en la posesión de su monasterio, subió a una roca inaccesible a las huellas humanas y completamente alejada de la conversación humana, y allí, durante cuatro años, destituido de todo consuelo humano, habitó solo, sin comer pan, sin beber vino, sin probar nada cocido, sino viviendo solo de los frutos de los árboles y las raíces de las hierbas. En esa misma roca había una concavidad donde se recogía agua en invierno, de la cual el santo hombre bebía durante todo el verano. Finalmente, al saber que el siervo de Dios habitaba allí, muchos comenzaron a acudir a él, a llevarle alimentos y a proporcionarle lo que consideraban necesario. Sin necesitar nada de ellos, distribuía todo a los pastores de ovejas y a otros necesitados. Con la exhortación del obispo del lugar, permitió que se le construyera y consagrara una basílica. Allí, poco después, falleció y fue encontrado por algunos que lo buscaban, inclinado ante el altar, como si estuviera en oración, apoyado en sus codos y rodillas. Allí, el Señor se dignó obrar varios signos milagrosos a través de él. Así, la buena tierra produjo abundantes frutos, habiendo recibido la semilla de la palabra de la boca de Romualdo.

CAPÍTULO XXV. De Tammo y la religiosidad del rey Otón.

En la mencionada ciudad, el bendito hombre (Romualdo) convirtió a un tal Tammo, un teutón, quien, según se dice, era tan familiar y querido por el rey que compartían las mismas vestiduras y a menudo comían juntos del mismo plato en banquetes comunes. Crescentius, el senador romano, al incurrir en la ira del rey, buscó refugio en el monte llamado San Ángel,

y, confiando en su inexpugnable fortaleza, se preparó para defenderse con confianza. Tammo, por orden del rey, le juró seguridad, y así, engañado, Crescentius, con la ayuda del papa, que era su enemigo, fue condenado a muerte como traidor. Posteriormente, el emperador tomó a su esposa como concubina. Como Tammo era consciente del fraude y culpable de perjurio, el bendito Romualdo le ordenó abandonar el mundo. Tammo, al pedir permiso al rey, no solo lo encontró fácil, sino que también lo hizo con gran alegría. El mencionado emperador era muy benevolente con la orden monástica y devoto con gran afecto hacia los siervos de Dios.

El rey, habiendo confesado el mismo crimen al santo hombre, como penitencia, salió descalzo de la ciudad de Roma y se dirigió a la iglesia de San Miguel en el monte Gargano. Durante toda la Cuaresma permaneció en el monasterio de Clásico de San Apolinar, acompañado de pocos. Allí, dedicado al ayuno y la salmodia, tanto como podía, vestido con cilicio sobre la carne, se cubría con púrpura dorada. Aunque su lecho estaba adornado con mantas brillantes, él descansaba en una estera de papiro, mortificando su delicado cuerpo. Prometió al bendito Romualdo que, dejando el imperio, tomaría el hábito monástico; y, a quien innumerables mortales estaban sujetos, él mismo comenzó a ser deudor de un pobre.

CAPÍTULO XXVI. De cómo Romualdo enfermó en Casinum y luego fue a Pereum.

Romualdo, junto con el mencionado Tammo, Bonifacio, un hombre ilustre que ahora la Iglesia rusa se gloria de tener como mártir, y otros teutones convertidos, se trasladó del pueblo de Tibur al monasterio de San Benito, situado en el monte Casinum. Allí enfermó gravemente, pero pronto se recuperó por la misericordia divina. Tenía un caballo bastante excelente, que le había dado el hijo del rey Busclavi de los eslavos, quien se había hecho monje. El hombre santo, por humildad, lo cambió y, como un comerciante laudable, aceptó un asno en un intercambio ventajoso. Con gran deseo de nuestro Redentor, que había montado en el lomo de un asno, el venerable hombre prefería montar este animal. Con todos los mencionados anteriormente, Romualdo regresó a Pereum, donde había habitado anteriormente, y allí, con estos y muchos otros hermanos reunidos y establecidos en celdas individuales, mantuvo el rigor de la vida eremítica con tal fervor, tanto en sí mismo como en los demás, que su vida era considerada admirable por todos aquellos a quienes llegaba su fama. ¿Quién no se asombraría? ¿Quién no proclamaría el cambio de la mano derecha divina al ver a hombres que antes vestían sedas, incluso vestiduras doradas, rodeados de multitudes de servidores, acostumbrados a la abundancia de todas las delicias; ahora los veía contentos con una sola túnica, encerrados, descalzos, descuidados y tan consumidos por la austeridad de la abstinencia? Todos realizaban trabajos manuales, algunos hacían cucharas, otros hilaban, otros tejían redes, otros hacían cilicios.

CAPÍTULO XXVII. De Bonifacio mártir.

Sin embargo, la vida de todos ellos era superada por la conversación de Bonifacio. Este hombre, pariente del rey y tan querido que el rey no lo llamaba por otro nombre que "mi alma", era muy versado en las artes liberales, especialmente en la música. Mientras residía en la capilla real, al ver la iglesia del antiguo mártir Bonifacio, inmediatamente inspirado por el ejemplo de su homónimo, dijo: "Yo también me llamo Bonifacio. ¿Por qué no debería ser también mártir de Cristo?" Luego, ya hecho monje, se sometió a tal frugalidad de abstinencia que a menudo solo comía los domingos y los jueves de cada semana. A veces, si veía una densidad de ortigas o zarzas, se arrojaba allí y se revolcaba. Cuando un hermano lo reprendió por esto, llamándolo hipócrita y preguntando por qué lo hacía para ganar la aprobación popular, él respondió: "Que los tuyos sean confesores, que los míos sean mártires". Después de una larga vida de conversación eremítica, cuando ya se disponía a predicar, se dirigió a

Roma y recibió la consagración de arzobispo de la sede apostólica. Un anciano monje que lo acompañó desde los confines de Rávena me relató que en todo ese viaje el venerable hombre, aunque iba a pie con todos los que lo seguían, siempre iba cantando salmos y, a menudo, caminaba descalzo mucho más adelante que los demás. Por el esfuerzo del viaje, comía diariamente, pero vivía cada día de pan y agua, y en los días festivos, sin conocer ningún condimento, añadía cualquier fruta o raíces de hierbas a su dieta diaria.

Después de ser consagrado, observaba diariamente tanto el orden monástico como el canónico en la celebración de las horas. Cuando ya se dirigía a los confines más allá de las montañas, viajaba a caballo, pero el venerable obispo, como se dice, soportaba el frío intolerable de la región con las piernas y pies desnudos, de modo que, al querer descender, apenas podía separar el pie del estribo sin la ayuda de agua caliente. Finalmente, al llegar a los gentiles, comenzó a predicar con tal constancia de corazón ardiente que nadie dudaba de que el santo hombre buscaba el martirio. Temiendo que, como después del martirio de San Adalberto, muchos de la nación eslava se convirtieran por los signos milagrosos que resplandecían, y que les sucediera lo mismo, durante mucho tiempo reprimieron al bendito hombre con malicia astuta; y, aunque deseaba morir, se negaron a matarlo, cruelmente perdonándole. Cuando el venerable hombre llegó al rey de los rusos y predicó con gran constancia, el rey, al verlo vestido con ropas raídas y caminando descalzo, pensó que el santo hombre no hacía esto por religión, sino para recolectar dinero. Le prometió que si abandonaba tal vanidad, él mismo enriquecería su pobreza con gran generosidad. Bonifacio regresó inmediatamente a su hospedaje, se vistió con ornamentos pontificales preciosos y se presentó de nuevo en el palacio del rey. Al verlo tan adornado con vestiduras decorosas, el rey dijo: "Ahora sabemos que no te impulsa la pobreza a esta vana doctrina, sino la ignorancia de la verdad. Sin embargo, si quieres que se crea lo que afirmas, que se erijan dos altas piras de madera, separadas por un breve espacio, y cuando se enciendan de tal manera que parezcan un solo fuego, pasa por el medio. Si resultas herido de alguna manera, te entregaremos completamente a las llamas; pero si, lo que es increíble, sales ileso, todos nosotros creeremos en tu Dios sin dificultad". Cuando este pacto agradó no solo a Bonifacio, sino a todas las gentes presentes, Bonifacio, vestido como para celebrar la misa, primero roció el fuego con agua bendita e incienso, luego entró en las estridentes llamas y salió ileso, sin que se viera quemado ni un solo cabello de su cabeza. Entonces el rey y los demás que presenciaron este espectáculo se arrojaron en masa a los pies del santo hombre, pidieron indulgencia con lágrimas y suplicaron ser bautizados.

Comenzó entonces a acudir tal multitud de gentiles al bautismo, que el santo varón se dirigió a un lago espacioso y en esa abundancia de aguas bautizó al pueblo. El rey, por su parte, decidió que, dejando el reino a su hijo, él mismo, mientras viviera, no se separaría de Bonifacio; pero el hermano del rey, que vivía con él y no quería creer, fue asesinado por el mismo rey en ausencia de Bonifacio. Otro hermano, que ya estaba separado de la convivencia con el rey, cuando el venerable varón llegó a él, no quiso escuchar sus palabras, sino que, encendido de ira por la conversión de su hermano, lo apresó de inmediato y, temiendo que si lo mantenía vivo, el rey lo rescataría de sus manos, ordenó que lo decapitaran en su presencia, rodeado de una gran multitud de personas. Inmediatamente, él mismo quedó ciego, y tal estupor oprimió a todos los que estaban presentes, que no podían sentir ni realizar ningún acto de humanidad, sino que todos permanecieron rígidos e inmóviles como piedras. Al enterarse de esto, el rey, golpeado por un gran dolor, decidió no solo matar a su hermano, sino también a todos los que habían sido cómplices de tan gran crimen, y matarlos con espadas. Pero cuando llegó allí de inmediato, y vio al hermano junto con los demás hombres, atónitos y sin sentido ni movimiento, mientras el cuerpo del mártir aún estaba en medio, le

pareció bien a él y a todos los suyos que primero se hiciera oración por ellos, si tal vez la divina misericordia les devolviera el sentido que habían perdido; luego, si accedían a creer, se les perdonaría el crimen y vivirían; de lo contrario, todos perecerían por las espadas vengadoras. Así que, después de que el rey y los demás cristianos oraron durante mucho tiempo, no solo se les devolvió el sentido a los hombres atónitos, sino que también se incrementó en ellos el deseo de buscar la verdadera salvación. Pues inmediatamente pidieron con lágrimas el perdón de su crimen, recibieron con gran alegría los sacramentos del bautismo, y sobre el cuerpo del santísimo mártir construyeron una iglesia. Sin embargo, si intentara relatar todos los dones de virtudes que se pueden decir verdaderamente de este hombre maravilloso, tal vez la lengua se agotaría, aunque no la materia. Por lo tanto, aunque la virtud de Bonifacio necesita su propio estilo, nos preocupamos aquí por mencionarlo brevemente junto con otros discípulos de Romualdo, para demostrar cuán grande y glorioso fue su Maestro, de modo que, cuando la grandeza de los discípulos resuena en los oídos de los fieles, se conozca cuán excelso fue su Doctor por la escuela que mantuvo.

CAPÍTULO XXVIII. De los mártires Juan y Benito.

Mientras tanto, Romualdo aún residía en Pereo, el rey Busclavo envió súplicas al emperador para que le enviara hombres espirituales que llamaran a la fe a la gente de su reino. Inmediatamente, el emperador se dirigió a Romualdo y le pidió que le concediera algunos de sus monjes que pudieran ser enviados allí de manera útil. Sin embargo, él no quiso ordenar esto a ninguno de los suyos como si fuera por autoridad de prelación, sino que les dio la opción de quedarse o irse, dejándolo a su voluntad. Pues ignoraba la voluntad de Dios en tan temible asunto, y por eso no lo confiaba a su propio juicio, sino más bien al de los hermanos. Así que, después de preguntarles y rogarles humildemente, finalmente solo dos de todos se ofrecieron voluntariamente para ir allí. Uno de ellos se llamaba Juan, el otro Benito. Estos, pues, yendo a Busclavo, comenzaron a vivir en el desierto, sostenidos primero por él, y se esforzaron laboriosamente en aprender la lengua eslava para poder predicar después. En el séptimo año, cuando ya conocían plenamente el idioma del país, enviaron a un monje a la ciudad de Roma, y a través de él pidieron al obispo de la sede suprema el permiso para predicar. También le encargaron que trajera consigo a algunos de los hermanos de San Romualdo que, conocedores de la vida eremítica, habitaran con ellos en las regiones de los eslavos.

Busclavo, deseando recibir la corona de su reino por autoridad romana, comenzó a suplicar con insistencia a los venerables hombres mencionados que llevaran sus numerosos dones al papa y le trajeran la corona de la sede apostólica. Ellos, negándose por completo a acceder a la petición real, dijeron: Nosotros estamos en el orden sagrado, no nos es lícito tratar asuntos seculares; y así, dejando al rey, regresaron a su celda. Sin embargo, algunos que conocían el plan del rey, pero ignoraban lo que los santos hombres habían respondido, pensaron que habían llevado consigo a la celda una gran cantidad de oro que debía ser enviada al papa. Luego, acordando entre ellos, decidieron que entrarían furtivamente en el desierto por la noche, matarían a los monjes y se llevarían el dinero. Cuando los santos hombres percibieron que intentaban irrumpir, reconociendo de inmediato la causa de su llegada, comenzaron a confesarse entre ellos y a protegerse con el estandarte de la santa cruz. Había allí dos jóvenes asignados a su servicio desde la corte real que, en la medida de sus fuerzas, se mantuvieron firmes por los santos y resistieron a los ladrones. Pero los ladrones, encontrando finalmente una entrada, irrumpieron con espadas desenvainadas y mataron a todos por igual. Luego, buscando ansiosamente el tesoro, pero no encontrando nada después de haberlo revuelto todo, para ocultar el crimen de tan gran culpa y que la sospecha humana no atribuyera lo sucedido a las armas, sino más bien al fuego, intentaron incendiar la celda y quemar los cuerpos de los

mártires. Pero el fuego, al perder sus fuerzas naturales, no pudo consumir nada a pesar de todos los esfuerzos humanos. Pues incluso el material de las paredes los repelía como si fueran piedras durísimas en lugar de madera. Frustrados, los ladrones intentaron huir, pero esto también les fue negado por la providencia divina. Durante toda la noche, buscaron ansiosamente un camino a través de los matorrales del bosque, por la amplitud de los saltos, por la oscuridad de los bosques, pero no pudieron encontrarlo con sus pasos errantes. Tampoco pudieron volver a guardar sus dagas en las vainas con sus brazos entumecidos. Sin embargo, donde yacían los cuerpos de los santos, una abundante luz resplandecía hasta el día, y la dulcísima suavidad del canto angélico no dejó de resonar.

Al llegar el día, lo que había sucedido no pudo ocultarse al rey. Quien inmediatamente se apresuró al desierto con una numerosa multitud de personas, y para que los ladrones no escaparan, rodeó todo el bosque con un círculo de hombres. Finalmente, fueron encontrados culpables del crimen manifiesto y aún atados a sus espadas por la divina venganza. El rey, deliberando sobre qué hacer con ellos, finalmente decidió que no los mataría, como merecían, sino que los enviaría encadenados con grilletes de hierro a las tumbas de los mártires, para que allí vivieran miserablemente en cadenas hasta su muerte, o, si a los santos mártires les parecía de otra manera, ellos mismos los liberaran con su misericordia. Cuando fueron llevados al sepulcro de los santos por orden del rey, inmediatamente, por la inefable omnipotencia de la divinidad, fueron liberados de sus ataduras. Luego, construida una basílica sobre los cuerpos de los santos, innumerables prodigios no solo entonces, sino también ahora, se realizan allí por la virtud divina.

CAPÍTULO XXIX. Del monje liberado del encarcelamiento por un ángel.

El emperador Enrique, no ignorando el plan de Busclavo, había ordenado custodiar los caminos por todas partes, para que, si Busclavo enviaba mensajeros a Roma, cayeran inmediatamente en sus manos. El monje que había sido enviado recientemente por los santos mártires fue finalmente capturado y pronto entregado a la custodia carcelaria. Pero por la noche, un ángel del Señor lo visitó en la cárcel y le advirtió que aquellos cuya misión llevaba a cabo ya habían sido consumados; y de inmediato, con la cárcel abierta por intervención divina, le aseguró que tenía preparado un barco en el río que debía cruzar. Apresurándose allí, el monje comprobó que la promesa angélica era verdadera.

CAPÍTULO XXX. Del monasterio de San Adalberto construido, y la profecía de Romualdo contra el rey.

Mientras Romualdo aún residía en Pereo, el emperador Otón, a sugerencia de él, construyó allí un monasterio en honor a San Adalberto, al que le otorgó las posesiones contiguas del monasterio de Clásico, y las compensó con propiedades fiscales en las partes de la monarquía de Fermo. Nombrado allí un abad de entre los discípulos de Romualdo y reunidos los hermanos, Romualdo comenzó a mantenerlos bajo gran custodia y les enseñaba a vivir bajo la disciplina regular. También ordenó al abad que, retirándose al desierto, permaneciera en la celda durante toda la semana, y que los domingos visitara a los hermanos en el monasterio. Pero él, despreciando las órdenes del santo varón, comenzó a vivir secularmente y, una vez que se desvió del camino de la rectitud, se apartó aún más. Viendo entonces Romualdo que no podía trabajar allí según el ardor de su voluntad, se dirigió de inmediato al rey y, como exigente de la promesa recibida, comenzó a insistir con más vehemencia en que el rey se hiciera monje. Pero él afirmó que lo haría si primero atacaba Roma, que se le rebelaba, y, una vez conquistada, regresaba a Rávena con victoria. A lo que Romualdo respondió: Si vas a Roma, no volverás a ver Rávena; y anunciándole claramente que su muerte estaba próxima,

al no poder disuadirlo, seguro de su muerte, mientras el rey se dirigía a Roma, Romualdo, subiendo a un barco, cruzó a la ciudad de Parentium. El rey, según la profecía del santo varón, apenas comenzando a regresar de Roma, pronto fue atacado por una enfermedad y murió en Paterno.

CAPÍTULO XXXI. Donde a Romualdo le fue concedida divinamente la gracia de la perfección.

Romualdo, habitando durante tres años en los confines de la ciudad de Parentium, construyó un monasterio en uno y ordenó un abad con hermanos en él; en los otros dos permaneció recluso. Allí, la divina piedad lo elevó a la cúspide de la gran perfección, de modo que, inspirado por el Espíritu Santo, no solo preveía algunas cosas futuras, sino que también penetraba con los rayos de la inteligencia muchos de los ocultos misterios del Antiguo y Nuevo Testamento. Sin embargo, a veces se angustiaba por no poder romper en lágrimas, pero no podía llegar a la compunción del corazón contrito con ningún esfuerzo. Sucedió entonces un día, mientras cantaba salmos en su celda, que llegó a este versículo del salmo: Te daré entendimiento, y te instruiré en el camino que debes seguir; fijaré mis ojos en ti (Salmo XXXI). De repente, se le produjo tal efusión de lágrimas, y su mente fue tan iluminada para entender las sentencias de la divina Escritura, que desde ese día en adelante, mientras vivió, y siempre que quisiera, las lágrimas le fluían abundantemente y fácilmente, y muchos misterios de las Escrituras no le eran ocultos. Con frecuencia, la contemplación de la divinidad lo arrebatava tanto, que, como si se disolviera completamente en lágrimas, clamaba con el ardor inefable del amor divino: Querido Jesús, querido, mi dulce miel, deseo inefable, dulzura de los santos, suavidad de los ángeles, y otras cosas por el estilo. Lo que él pronunciaba en júbilo dictado por el Espíritu Santo, nosotros no podemos expresar con el sentido humano. Como dice el Apóstol: No sabemos orar como conviene, pero el mismo Espíritu intercede por nosotros con gemidos inefables (Rom. VIII). Y por eso Romualdo nunca quiso celebrar misa ante muchos, porque no podía contenerse de la inundación de lágrimas. Por lo que, debido a la gran costumbre, el hombre de mente simple, pensando que la gracia que le había sido otorgada divinamente había sido concedida a todos, solía decir a menudo a sus discípulos: Tened cuidado de no derramar muchas lágrimas, porque disminuyen la vista y dañan la cabeza. Dondequiera que el santo varón decidiera habitar, primero hacía un oratorio con altar en la celda, y luego, recluyéndose, cerraba la entrada.

CAPÍTULO XXXII. De la profecía de Romualdo, que predijo la llegada de los discípulos.

Enviaron una vez a él los hermanos que moraban en la soledad llamada Bifurco, pidiendo consejo sobre cómo debían comportarse en el desierto, cómo podrían resistir las tentaciones diabólicas. Cuando los mensajeros llegaron al monasterio, desde donde la celda de Romualdo estaba más alejada, el venerable varón conoció inmediatamente su llegada por el espíritu, y ordenó al abad Ansonio, que entonces le asistía, diciendo: Ve y prepara comida para los hermanos que han llegado de tierras lejanas. Quien de inmediato comenzó a burlarse de él, diciendo que verdaderamente era un falso profeta. Sin embargo, finalmente, como obligado, fue al monasterio y encontró a los que el santo varón había predicho ya orando en la iglesia. A quienes Romualdo condimentó con mucha sal de doctrina saludable, y los instruyó con muchas armas de virtudes contra las insidias del antiguo enemigo, y después de haberlos enseñado detalladamente sobre todo, los envió de regreso al desierto con gran alegría.

CAPÍTULO XXXIII. Del regreso de él desde Parentium, y los marineros liberados del peligro por sus méritos.

En otra ocasión, los hermanos mencionados enviaron nuevamente mensajeros a él, y con aún mayor ansiedad pidieron consejo sobre el mismo asunto. A quienes el venerable varón dijo: Ahora estoy escribiendo un librito sobre la lucha contra los demonios, que os daré cuando regreséis, o tal vez yo mismo vaya con vosotros. Al escuchar esto, se postraron inmediatamente en el suelo y le suplicaron con gran insistencia que se dignara ir con ellos. Al día siguiente, afirmó sin dudar que iría con ellos y les ordenó que buscaran un barco. Al enterarse de esto, el obispo de Parentium se llenó de gran tristeza. Encontrando a los monjes buscando un barco, los deshonró con muchas injurias de desprecio. También promulgó un edicto a todos los que residían cerca del puerto, que cualquiera que se atreviera a dar un barco a Romualdo, también él, junto con él, partiría irrevocablemente y no regresaría más a Parentium. Por lo tanto, se envió rápidamente un mensajero al obispo de Pola para que no demorara en enviar un barco al santo varón. Pues el mencionado obispo a menudo lo había exhortado a que no permaneciera más oculto en un retiro tan oscuro, sino que se dirigiera allí donde pudiera hacer un mayor lucro de almas, para que no ardiera como un carbón solo para sí mismo, sino más bien, como una lámpara colocada sobre el candelero, infundiera los rayos de su luz a todos los que están en la casa de Dios.

Mientras se esperaba al mensajero que había sido enviado, Romualdo dijo a los hermanos que estaban con él: Sabed con certeza que ese hermano tardará en venir, y que debemos ir en otro barco antes de que él regrese. Al llegar el santo día del domingo, en el mismo crepúsculo de la primera luz, dijo a un hermano que estaba a su lado, llamado Ingelberto, quien más tarde se convirtió en arzobispo entre las gentes: Mira, dijo, a lo lejos en el mar, y ve dos barcos que se acercan a nosotros con igual velocidad desde distancias aún lejanas, uno de los cuales definitivamente debe recibirnos. Quien, mirando con más atención y explorando cuidadosamente con los rayos de sus ojos, no pudo ver ninguna señal de remos en absoluto. Pero cuando el día ya comenzaba a clarear, he aquí que con la última mirada ve dos barcos que se acercan desde lejos, y debido a la gran distancia aún parecen casi como dos aves. Cuando finalmente se acercaron al puerto, preguntados los remeros si querían recibir a Romualdo con los suyos en su propio barco, llenos de nueva alegría, pusieron todo lo suyo bajo su poder y se declararon bendecidos por llevar tan preciosa carga. Sin embargo, ese día, temiendo las amenazas del aire, no quisieron partir. Romualdo, sin embargo, los exhortó a que comenzaran el viaje de inmediato con la esperanza de la gracia divina, prometiéndoles que no sufrirían ningún peligro en absoluto. Sin embargo, permaneciendo allí todo el día, comenzaron a navegar por la noche.

Al amanecer, de repente los vientos se enfurecen, se levanta una tempestad, el mar se agita desde el fondo. Ya las furiosas tormentas los sobrepasan por todas partes y, sacudiendo el barco de un lado a otro, casi aflojan todas las tablas. Verías entonces a los hombres, algunos desnudándose para nadar, otros atándose con diversas correas, y algunos, para poder flotar sobre las olas, sosteniendo remos o alguna madera. Y cuando en tal peligro, sin duda, el naufragio se cernía sobre todos los desesperados, Romualdo inmediatamente corrió a sus habituales armas de oración, y reclinando un poco la cabeza, con la cabeza inclinada sobre el regazo, elevó oraciones en silencio al Señor; luego, al abad Ansonio, que estaba sentado cerca, le ordenó con seguridad, diciendo: Anuncia a los marineros que no teman en absoluto, sino que sepan sin ninguna duda que todos escaparán ilesos. Apenas un poco después de esto, y he aquí que, más allá de toda esperanza, sin ningún esfuerzo humano, el barco se dirige por sí mismo, y pronto, descendiendo rápidamente, entró en el puerto de la ciudad de Capreola. Entonces todos dieron gracias dignas al Dios liberador, y declararon abiertamente que habían sido rescatados de las fauces de la muerte por los méritos de Romualdo.

CAPÍTULO XXXIV. De la llegada de Romualdo a Bifurco.

Llegando Romualdo a Bifurco, al ver las celdas de todos los hermanos, porque parecían estar construidas con cierta superstición ambiciosa, no quiso hospedarse en ninguna de ellas, excepto en la única en la que habitaba su venerable discípulo Pedro, un hombre de admirable abstinencia y extrema austeridad, que apenas permitía que su celda fuera más grande de cuatro codos, siguiendo el ejemplo de San Hilarión. El mismo venerable varón relataba que, mientras el bendito Romualdo permanecía con él, y ambos alternaban los salmos con versos vicarios, Romualdo simulaba ir a satisfacer las necesidades naturales treinta veces en la noche, o más, porque no podía contener la inundación de lágrimas y sollozos. Mientras Romualdo permanecía allí por algún tiempo, y no solo los exhortaba sobre la lucha espiritual, sino también a que se eligiera un abad para ellos y que hicieran todo en común, ellos, porque cada uno tenía su propio sustento y seguían la libertad de su propio juicio como les placía, no se preocuparon mucho por recibir las órdenes de Romualdo.

CAPÍTULO XXXV. De su llegada al valle de Castro, y el gran fruto de almas logrado por él.

Romualdo, impaciente ante la esterilidad, comenzó con ansiosa avidez a buscar un lugar donde pudiera encontrar tierra adecuada para producir frutos de almas. Envió entonces mensajeros a los condes de la provincia de Camerina. Al escuchar el nombre de Romualdo, llenos de inmensa alegría, ofrecieron todas sus propiedades, no solo de bosques y montañas, sino también, si así lo deseaba, de campos. Finalmente, se encontró en sus posesiones un lugar bastante adecuado para la vida eremítica, rodeado de montañas y bosques. En el centro había una amplia llanura no solo apta para producir frutos, sino también irrigada por claras aguas de manantiales. Este lugar se llamaba antiguamente el valle de Castro, donde ya había una pequeña iglesia, en la que parecía haber un convento de algunas mujeres consagradas. Con estas mujeres asentadas en el lugar, y construidas las celdas, el venerable hombre comenzó a habitar allí con sus discípulos. ¿Quién podría describir con tinta o expresar con palabras cuántos frutos de almas adquirió el Señor a través de él? Comenzaron a confluír hombres de aquí y allá para hacer penitencia, a distribuir misericordiosamente sus bienes a los pobres, algunos a abandonar por completo el mundo y apresurarse con fervor espiritual al orden de la santa vida. Era el hombre beatísimo como uno de los Serafines, porque él mismo ardía incomparablemente con la llama del amor divino, y encendía a otros con las antorchas de la santa predicación dondequiera que iba. A menudo, mientras pronunciaba palabras de predicación, una compunción tan grande lo movía a lágrimas, que de repente, interrumpiendo el sermón, se retiraba con un impulso repentino como si estuviera fuera de sí. Pues incluso cuando cabalgaba con los hermanos, viniendo siempre detrás de los demás y cantando salmos, no cesaba de derramar lágrimas como si estuviera en su celda.

Entre otros, reprendía con severidad extrema especialmente a los clérigos seculares que habían sido ordenados por dinero, y afirmaba que eran completamente condenables y herejes a menos que abandonaran voluntariamente el orden. Al escuchar algo nuevo, intentaron matarlo. Pues en toda aquella monarquía, hasta los tiempos de Romualdo, por costumbre difundida, apenas alguien sabía que la herejía simoníaca era un pecado. Él les dijo: Traiganme los libros de los cánones, y comprueben con sus páginas si lo que digo es verdad. Al examinarlos diligentemente, reconocen el crimen y lamentan sus errores. El hombre santo estableció entonces a muchos canónigos y clérigos, que vivían secularmente como laicos, para obedecer a los superiores y vivir en comunidad. También algunos obispos que habían usurpado las sedes sagradas por la herejía simoníaca acudían a él en busca de penitencia. Estos, confiándose al venerable hombre, prometían abandonar el episcopado en un tiempo determinado y apresurarse al orden de la santa vida. Sin embargo, no sé si el hombre santo

pudo convertir siquiera a uno de ellos mientras vivió. Pues esa venenosa herejía, especialmente en el orden episcopal, es tan dura y rígida para convertir, que, siempre prometiendo, siempre posponiendo de día en día y procrastinando para el futuro, es más fácil convertir a un judío a la fe que provocar a un hereje ladrón a una plena penitencia.

CAPÍTULO XXXVI. Del ladrón que vio romper la celda de Gregorio por el espíritu, y lo dejó ileso.

En las mismas partes, el hombre santo fundó un monasterio de doncellas. En un día solemne, mientras el venerable hombre estaba allí con los hermanos en el capítulo, y los saciaba con los manjares de la doctrina saludable, de repente interrumpiendo su discurso, comenzó a exclamar con una cierta ansiedad, y a decir: Actúen ahora, dijo, actúen, y apresúrense cuanto antes, porque ya un ladrón está rompiendo la celda del hermano Gregorio; este Gregorio fue consagrado más tarde como arzobispo entre las naciones; quienes, saltando de inmediato, corren rápidamente a la celda, y encuentran al ladrón ya rompiendo las paredes. Lo capturan y lo llevan al maestro, preguntando qué se debía hacer con un ladrón tan sacrílego. A lo que el hombre santo comenzó a decir alegremente: Y yo, hermanos, ignoro qué podemos hacer con un hombre tan malo. ¿Le sacamos los ojos? pero después no verá. ¿Le cortamos la mano? pero ya no trabajará, y por esto tal vez morirá de hambre. ¿Si le cortamos el pie? no podrá caminar. Pero llévenlo adentro, y primero denle de comer, para que mientras tanto deliberemos qué hacer con él. Y así, el hombre santo, regocijándose en el Señor, después de haber alimentado al ladrón, lo dejó ir en paz, corregido modestamente y amonestado con dulces palabras.

CAPÍTULO XXXVII. Del monasterio de Urbis Vetus que construyó.

Finalmente, dejando en el valle de Castro a algunos de sus discípulos, se dirigió a la región de Urbis Vetus, y en la posesión del conde Pharulfo, con la ayuda de muchos, pero principalmente con él proporcionando los gastos, construyó un monasterio. Tal era el ardor en el pecho del santo hombre por producir frutos, que, nunca satisfecho con lo logrado, mientras hacía unas cosas, se apresuraba a hacer otras; tanto que se pensaba que quería convertir todo el mundo en un desierto, y unir a toda la multitud del pueblo al orden monástico. Allí apartó a muchos del mundo, a quienes distribuyó por varios lugares sagrados.

CAPÍTULO XXXVIII. Del hijo del conde, que iluminó a un ciego después de su muerte.

También algunos hijos de nobles, despreciando a sus padres, huían hacia el hombre beatísimo. Entre ellos estaba el hijo del conde Guido, quien en su misma infancia, no mucho tiempo después de hacerse monje, al llegar a la muerte, vio dos espíritus inicuos, como buitres negríssimos, fijando en él sus terribles ojos. Y cuando el niño le dijo esto al B. Romualdo que estaba a su lado, añadió de inmediato: He aquí, maestro, ahora entran tantos etíopes que ya llenan todo el edificio. Lo exhorta a confesar lo que había hecho mal; este feliz pecador confesó con gran terror solo este crimen, que había sido ordenado por el prior a tomar no sé cuántas escobas, que aún no había tomado. Con Romualdo perdonándole un crimen tan grande, murió en paz. Al día siguiente, un ciego, prebendado de su padre, vino a su sepulcro, y clamó en voz alta: Oh, mi señor, si estás con Dios, como creo, ruega por mí a Él, y restituye la luz a mis ojos. Y dicho esto, fue iluminado de inmediato. También algunos enfermos que venían a su tumba fueron devueltos a la salud. Pues su sepulcro mismo olía como lleno de muchos aromas. Y así mereció ser honrado por Dios después de la muerte, quien por su amor, mientras vivía, despreció la herencia de sus padres carnales.

CAPÍTULO XXXIX. De los tres monasterios que Romualdo construyó, y de su partida a Hungría.

Mientras tanto, Romualdo, al escuchar que el beatísimo Bonifacio había sufrido el martirio, ardía con un gran deseo de derramar su sangre por Cristo, y decidió ir a Hungría de inmediato. Sin embargo, mientras persistía en esa intención, en poco tiempo estableció tres monasterios: uno en el valle de Castro, donde entonces fue enterrado su santísimo cuerpo, otro cerca del río Isino, y un tercero cerca de la ciudad de Esculano. Luego, habiendo recibido licencia de la sede apostólica, y habiendo consagrado a dos de sus discípulos como arzobispos, emprendió el camino con veinticuatro hermanos. Tal era el ardor de morir por Cristo en todos, que el hombre santo difícilmente podía ir a tal empresa con pocos. Así que, cuando ya estaban en los confines de Panonia, de repente Romualdo fue atacado por una enfermedad, y no pudo continuar. Y mientras sufría por mucho tiempo, si alguna vez decidía regresar, se recuperaba de inmediato de su enfermedad. Pero si intentaba ir más allá, su rostro se hinchaba de inmediato, y ya no podía retener alimentos en su estómago debilitado. Llamando entonces a los hermanos, dijo: Considero, dijo, que no es el juicio de la voluntad divina que avance más. Sin embargo, como no ignoro el deseo de vuestra intención, no obligo a nadie a regresar. Muchos, de hecho, antes que nosotros, se esforzaron con votos y esfuerzos por alcanzar la cima del martirio, pero como la divina providencia lo dispuso de otra manera, se vieron obligados a permanecer en su grado. Aunque no dudo que a todos ustedes les faltará el martirio, que sin embargo quieran ir, o quieran regresar conmigo, se deja al arbitrio de cada uno. Así que, con quince avanzando hacia Hungría, y dos ya dejados en otro lugar, apenas siete discípulos permanecieron con el maestro. Algunos de los que iban fueron azotados, vendidos, muchos se sometieron al Señor; pero al martirio, como el hombre santo había predicho, no llegaron.

Romualdo, habiendo convertido a un hombre muy noble, pariente del duque Adhelberón, quien después se hizo monje y permaneció en santa vida hasta la muerte, y a otros teutones, regresó al monasterio que había construido en la región de Urbis Vetus. Es de notar que el santo hombre no pudo ser engañado vanamente, como si actuara con ligereza; quien, según su intención, sufrió el martirio, pero según el consejo divino fue enviado para la salvación de aquellos que convirtió. En el mencionado monasterio sufrió muchos escándalos de persecución. Pues quería que el abad, como verdadero monje, amara la extremidad, no tratara las cosas seculares por deseo, no gastara los bienes del monasterio por vana gloria, y proveyera a las necesidades de los hermanos. Pero como aquel lo despreciaba con oído sordo, Romualdo, dejando el lugar con sus discípulos, habitó no lejos de Castro en la propiedad de Rainerio, quien más tarde fue hecho marqués de Toscana.

CAPÍTULO XL. De Rainerio el marqués.

Este Rainerio había repudiado a su esposa por razón de parentesco, y había tomado en matrimonio a la esposa de su consanguíneo, a quien él mismo había matado de alguna manera involuntariamente mientras lo perseguía. Por esto, Romualdo, para no hacerse partícipe de su crimen, no quiso permanecer gratuitamente en su posesión, sino que pagó un oro por el agua, y otro por la leña. Aunque él se negaba a aceptarlos, prefiriendo dar lo suyo que recibir algo del santo hombre, finalmente, vencido, accedió, más bien que Romualdo se fuera. Decía Rainerio, cuando ya tenía el poder, que ni el Emperador, ni ningún mortal podía infundirle tanto miedo como el aspecto de Romualdo. Pues ante su rostro no sabía qué decir, ni encontraba excusas para defenderse. El hombre santo tenía realmente esta gracia del don divino, que cualquiera de los pecadores, especialmente los poderosos del mundo, que

llegaban a su presencia, temblaban de inmediato como si estuvieran ante la majestad de Dios. El Espíritu Santo, que habitaba en su pecho, infundía este terror divinamente a los injustos.

CAPÍTULO XLI. Del abad de Clase, que quiso estrangular a Romualdo.

En aquellos tiempos, el venerable hombre construyó un monasterio no lejos del castillo de Massiliano. Al escuchar que un veneciano había usurpado la abadía de Clase por compra de la herejía simoníaca, y además pecaba inicuaamente en su cuerpo, el soldado de Cristo se apresuró a ir allí, y de diversas maneras intentó purgar el monasterio de él. Pero el hombre reprobado, temiendo perder la abadía, no temía cometer homicidio. Pues en la noche intempestiva, mientras Romualdo descansaba seguro en su lecho, aquel lo atacó sigilosamente, y comenzó a apretar su garganta con dedos impíos, intentando sofocarlo cruelmente. Pero mientras el hombre santo, aún no completamente privado de aliento, jadeaba apenas con un débil resuello, Ingelberto, despertado de inmediato por los sollozos del maestro, arrojó una antorcha del fuego apagado, y expulsó al ministro del diablo de su nefando crimen.

CAPÍTULO XLII. Del viaje y regreso nuevamente de Parentium.

Después de esto, Romualdo navegó de nuevo a Parentium, pero el obispo de la sede apostólica, y los ciudadanos romanos enviaron una embajada para que regresara. Prometieron hacer todo lo que él ordenara si regresaba; de lo contrario, amenazaron con la excomunión. De este modo, Italia, su madre, logró recuperar a su Romualdo.

CAPÍTULO XLIII. Del milagro del ladrón hecho en el monte Petrano.

En ese tiempo permaneció algún tiempo en las fauces de los montes Callenses, luego se trasladó al monte Petrano, no lejos del monasterio de San Vicente que está junto al río Candiliano. Dondequiera que iba el hombre santo, siempre fructificando, siempre acumulando más y más ganancias de almas, y apartando a los hombres del mundo, como si todo se convirtiera en fuego, encendía los ánimos de los hombres hacia el deseo celestial. Queriendo entonces encontrar un lugar adecuado para hacer un eremitorio, ordenó a un presbítero que, regresando a su casa, trajera alimentos para él y los que lo acompañaban. Luego, explorando el monte con diligente búsqueda, finalmente encontró a un monje habitando junto a una pequeña basílica, a quien de inmediato exigió que lo acompañara y le mostrara un lugar donde hubiera agua. Este, sin embargo, negó poder dejar su casa sin guardián, porque temía el ataque de los ladrones. A esto, Romualdo prometió recompensar cualquier daño que ocurriera, y así, ya deudor de una injuria ajena, llevó al monje consigo. Mientras buscaban el lugar, el presbítero, como había sido ordenado, llevando el almuerzo, encontró a un ladrón ya rompiendo la casa, lo capturó y lo custodió hasta el regreso de Romualdo. Al encontrarlo, Romualdo primero lo reprendió con la severidad de las palabras piadosas, luego, amonestándolo dulcemente, lo dejó regresar ileso a su hogar. Así, la divina providencia guardó ileso lo que había sido dejado bajo la custodia del ausente Romualdo.

CAPÍTULO XLIV. Otro milagro de otros ladrones.

Nuevamente, mientras construía celdas en las mismas partes (había una carga colocada bajo una roca a cierta distancia de ellos), el venerable hombre empujó a un hermano allí con cierto ímpetu, ordenándole que se apresurara con gran ansiedad. Quien, llegando de inmediato, encontró a los ladrones ya intentando robar, pero aún no había nada de lo que estaba guardado que faltara. De lo cual se deduce correctamente que el bienaventurado hombre no

envió al hermano con tanta solicitud sin el impulso de una revelación divina, precisamente en el momento en que los ladrones llegaron a la cosa no custodiada.

CAPÍTULO XLV. Por qué y cómo Romualdo fue expulsado del Valle de Castro.

Después de esto, Romualdo regresó al monasterio del Valle de Castro, y de inmediato exhortó al abad a gobernar a los demás sin descuidarse a sí mismo. Quería además que no abandonara completamente la celda que había usado, por razón del gobierno, sino que viviendo espiritualmente en ella, visitara a los hermanos solo en las festividades principales para su amonestación. Pues la conversación de los abades, como la vemos, era tan odiosa para el bienaventurado hombre, que no se alegraba menos si podía arrebatarse la abadía de la mano de cualquiera, que si se le diera convocar a cualquier poderoso secular al orden de la santa vida. Pero, como se dice por Salomón: Como vinagre en el nitro, así es el que canta canciones al corazón perverso (Prov. XXV), aquel, empeorado por la predicación del venerable hombre, acudió de inmediato a las condesas, señoras del lugar, y con sacrílega maquinación sugirió que ordenaran cortar en pedazos la madera con la que debían construirse las celdas de Romualdo. De este modo, el alto cedro del paraíso fue expulsado de los bosques de los hombres terrenales.

CAPÍTULO XLVI. Del milagro que hizo en Aqua-bella curando a un presbítero.

De allí, avanzando, decidió permanecer no lejos del monte Apenino, en un lugar llamado Aqua-bella. Allí, mientras algunos seculares con sus discípulos construían techos de habitaciones, Romualdo, ya que no podía trabajar por la vejez, y custodiaba solo el hospedaje, un presbítero sintiendo un dolor intolerable en los dientes, dejó la obra del edificio a regañadientes, y habiendo pedido licencia a los hermanos, comenzó a regresar a casa lamentándose miserablemente. Y cuando pasaba por Romualdo en su regreso, al ser preguntado por qué se iba, de inmediato dio a conocer la causa de su sufrimiento. A este, Romualdo, tocando con el dedo el lugar donde sufría, dijo: Pon una aguja encendida en un cálamo, para que no dañe el labio, y colócala aquí: así el dolor huirá. Apenas el presbítero había avanzado el espacio de un jugerum, y de inmediato, dejando todo el dolor, regresó sano y salvo a la obra que había dejado, exclamando con claras voces, y diciendo: Te damos gracias, Dios todopoderoso, que has dignado iluminar nuestra región con el esplendor de tan gran estrella. Verdaderamente un ángel de Dios, verdaderamente un santo profeta, y una gran luz oculta al mundo ha aparecido en nuestros confines. Gritando estas y muchas otras cosas en alabanza de Dios, apenas fue obligado a callar por los discípulos del bienaventurado hombre. Pues si tales palabras llegaran a los oídos de Romualdo por cualquier ocasión, herirían gravemente su corazón con indignación.

CAPÍTULO XLVII. Otro milagro del haya cortada cerca de su celda.

En otro tiempo, mientras residía en una celda en un desierto muy hermoso y excelente, llamado Camaldulense, que él mismo había construido, ordenó cortar un gran haya que estaba cerca de su celda. El haya estaba tan inclinada y amenazante sobre la celda, que según la opinión humana, si cayera, sin duda sepultaría todo el edificio. Y cuando los obreros querían cumplir las órdenes, pero temían la caída del árbol; él insistía en que no temieran. Así que, cuando ya se adentraban en las entrañas del árbol con hachas por todas partes, y el árbol amenazaba con un impulso no dudoso sobre el bienaventurado hombre, todos comenzaron a rogar y a insistir con voces clamorosas para que, si posponía la celda, saliera y se salvara a sí mismo. Pero él, no cediendo a sus clamores, ordenó definitivamente que terminaran rápidamente lo comenzado, haciendo la señal de la cruz contra ella. Finalmente, el haya,

cayendo con un gran estruendo, fue proyectada de tal manera por la virtud divina, que, para asombro de todos, la celda permaneció completamente ilesa. Todos, asombrados por tan gran milagro, levantaron voces alegres al cielo, y dieron inmensas gracias a Dios.

CAPÍTULO XLVIII. Del roble caído sobre un campesino, y que no lo hirió.

Pero, ¿qué podemos decir sobre la protección divina hacia el venerable hombre, cuando sabemos que otros también han sido rescatados de grandes peligros por su presencia? De estos, basta con recordar uno aquí, para que el lector prudente reconozca que hubo muchos. En una ocasión, mientras él estaba con los trabajadores, mandó cortar un roble de gran tamaño en el monte Petrano. Este árbol, que colgaba en una pendiente abrupta de la montaña, se inclinaba hacia abajo. Un campesino estaba parado un poco más abajo. Cuando el árbol fue cortado y cayó pesadamente, rodando por la pendiente de la montaña, de repente comenzó a arrastrar al campesino hacia abajo con un ímpetu repentino. Todos gritaron de dolor, y ya no solo pensaban que el hombre estaba muerto, sino que también su cuerpo estaba completamente destrozado. Pero, ¡oh, maravilla del poder divino! Fue encontrado sano e ileso, como si no hubiera caído sobre él un árbol, sino una hoja de árbol. De aquí se deduce justamente el mérito del santo hombre y cuánto peso tenía ante Dios, en cuya presencia la pesada masa del árbol no tuvo peso.

CAPÍTULO XLIX. De la afrenta que sufrió de sus discípulos en Sytria.

Más tarde, Romualdo, al abandonar el Apenino, subió al monte Sytria para habitarlo. Sin embargo, es sumamente importante que nadie, al escuchar que el santo hombre cambió de lugar tantas veces, atribuya la importancia de su obra piadosa a un defecto de inconstancia. Pues, sin duda, la causa de sus cambios fue que, dondequiera que residiera, una multitud casi innumerable de personas acudía a él. Por lo tanto, la razón exigía que, cuando veía que el espacio de un lugar estaba lleno de habitantes, dejara allí a un superior y se apresurara a llenar otro. En Sytria, sin embargo, cuántas afrentas y escándalos sufrió de sus discípulos, no está en nuestra capacidad relatar. De estos, mencionamos uno aquí, y omitimos los demás por brevedad. Tenía un discípulo llamado Romano, que era noble de nacimiento, pero completamente degenerado en acción. Este santo hombre, debido a la impureza de su carne, no solo lo reprendía con palabras, sino que a menudo lo castigaba con severos azotes. El hombre diabólico se atrevió a acusarlo del mismo crimen, y con sacrílega boca ladró impudicamente contra el templo del Espíritu Santo, diciendo que el santo hombre había pecado con él en la misma contaminación. Entonces, todos los discípulos, enojados contra él, todos hostiles, algunos clamaban que el anciano impío debía ser colgado, otros juzgaban que era digno de ser quemado con su celda. Lo cual fue muy sorprendente, especialmente que hombres espirituales pudieran creer tal crimen nefando de un anciano decrepito, y de más de cien años, a quien, incluso si tuviera la voluntad, la naturaleza, la sangre fría y la sequedad de su cuerpo debilitado se lo negarían por completo. Pero sin duda se debe creer que este flagelo tan grave de adversidad le ocurrió del cielo para aumentar el mérito del santo hombre. Pues él mismo afirmaba que, en el desierto del que había partido recientemente, había reconocido esto verdaderamente, y había venido alegremente a soportar esta deshonra. Aquel Sarabaita reprobado, que había acusado al santo hombre, adquirió posteriormente el obispado de Nocera por la herejía simoníaca, y ocupándolo durante dos años, en el primer año vio, por sus méritos, el templo incendiado con libros, campanas y otros ornamentos sagrados; y en el segundo año, perdió miserablemente la dignidad y la vida, golpeado por la sentencia divina.

CAPÍTULO L. De la orden divina a Romualdo para que celebrara misa y explicara los salmos.

Entonces, los discípulos impusieron al santo hombre una penitencia por el supuesto crimen, y le quitaron por completo la licencia de celebrar los sagrados misterios. Él aceptó de buen grado este juicio, y observó la penitencia como si realmente fuera culpable del crimen, y no se atrevió a acercarse al altar sagrado durante casi seis meses. Finalmente, como él mismo relató posteriormente a sus discípulos, se le ordenó divinamente que, si temía perder la gracia divina, dejara de lado por completo la simplicidad indiscreta y celebrara con confianza los solemnes sacrificios de las misas. Al día siguiente, comenzando a sacrificar, cuando llegó al segundo secreto de la misa, fue arrebatado en éxtasis y permaneció en silencio durante tanto tiempo que todos los presentes se maravillaron. Preguntado después por qué había tenido tales demoras en ofrecer el sacrificio, respondió: "Fui arrebatado al cielo y presentado ante Dios, y de inmediato se me ordenó con voz divina que, según esta comprensión que Dios me infundió, explicara los salmos y los consignara en orden en pequeños escritos según la medida de mi entendimiento. Pero, constreñido por un terror inmenso e indescriptible, no pude responder otra cosa que: 'Hágase, hágase'". Después, el santo hombre explicó todo el Salterio y algunos cánticos de los profetas de manera clara, y aunque con reglas gramaticales corruptas, mantuvo en todo un sentido sano.

CAPÍTULO LI. Del alma de Romualdo, que fue llevada ante Dios blanca como la nieve.

En una ocasión, sus discípulos le preguntaron, diciendo: "Maestro, ¿de qué edad se ve el alma, o en qué figura se presenta al juicio?" Respondió: "Conozco a un hombre en Cristo, cuya alma fue llevada ante Dios resplandeciente como la nieve, en forma humana, pero de estatura de edad perfecta". Preguntado nuevamente quién era, indignado y confundido, no quiso decirlo. Inmediatamente, los discípulos refirieron el asunto entre ellos, como era verdaderamente, y con certeza manifestaron que era él mismo.

CAPÍTULO LII. De la extrema austeridad de vida que mantuvo en Sytria.

En Sytria, el venerable hombre permaneció casi siete años encerrado, y mantuvo un silencio continuo inviolablemente. Sin embargo, con la lengua callada y la vida predicando, apenas en ningún lugar pudo trabajar tanto, ya sea en convertir a las personas o en atraerlas al arrepentimiento. Vivía, ya en la vejez, de manera muy estricta, cuando incluso los hombres perfectos suelen vivir más relajadamente y permitirse algo de laxitud en su rigor. Pues durante el espacio de una Cuaresma no tuvo absolutamente nada más ni en comida ni en bebida, sino que, haciendo una pequeña sopa de harina y algunas hierbas, vivió de ella a imitación de Hilarión. Durante cinco semanas, sin comer nada más, se restringió a un poco de garbanzos cocidos. Y así, Romualdo, a través de muchos otros modos de vida, probaba continuamente lo que su virtud podía, ejercitándose constantemente en esto y aquello. Pues el discreto soldado de Cristo se esforzaba por siempre prepararse para un nuevo combate, y cuando ya parecía caer, aplicando misericordia de inmediato, levantaba su cuerpo vacilante. A veces tenía dos o incluso tres cilicios debido a la incomodidad creciente del cuerpo, que no permitía lavar de ninguna manera, sino que los arrojaba a la lluvia y solía cambiarlos después de treinta días. Nunca permitía que una navaja tocara su cabeza, sino que él mismo rara vez solía cortar el exceso de cabello y barba con pinzas. Si alguna vez el vicio de la gula lo tentaba con algún alimento más sabroso, de inmediato ordenaba que se preparara cuidadosamente, lo acercaba a su boca y nariz, y captando solo el aroma, decía: "Oh gula, gula, ¡cuán dulce, cuán sabroso te parecería este alimento ahora! pero ¡ay de ti! nunca lo probarás", y así lo devolvía intacto a la despensa.

CAPÍTULO LIII. Del milagro por el cual sanó a Gregorio soplándole.

Aunque el santo hombre mantenía tal austeridad hacia sí mismo, siempre mostraba un rostro alegre, siempre una cara serena. Pues un hermano, llamado Gregorio, se quejó alguna vez de sufrir un dolor de cabeza muy grave. Cuando llegó a la celda del hombre santo, donde también estaban otros hermanos, con gran lamentación, tan pronto como el venerable hombre lo vio, atribuyó sin dudarle este dolor no a la desigualdad de los humores, sino a las insidias del antiguo enemigo, y de inmediato, como burlándose, con su rostro siempre alegre, le sopló en la frente a través de la ventana de la celda, e indicó a todos los demás presentes que hicieran lo mismo. Hecho esto, fue sanado de tal manera que no sintió en absoluto ningún vestigio de dolor en su cabeza. Creo que el santo hombre quiso hacer esto porque creía que el enemigo más inicuo, el causante del dolor, debía ser expulsado por el Espíritu Santo, que residía en su pecho. Para evitar su propia alabanza, fingió un juego y buscó compañeros. Pues también se dice que nuestro Redentor sopló cuando se dice que dio el Espíritu Santo a los apóstoles (Juan XX).

CAPÍTULO LIV. Del loco, a quien curó con un beso.

Un hombre sufría de locura en la cabeza, de tal manera que, habiendo perdido el sentido de la razón, ignoraba por completo lo que hacía o decía. A este, Romualdo no le hizo nada más que darle un beso, y de inmediato lo devolvió a su salud original, y al hacer la paz con el hombre inquieto, lo devolvió a la paz de su mente. El que fue curado relataba después, diciendo: "Cuando merecí tocar los sagrados labios del santo hombre, de inmediato sentí salir de su boca un aliento como de un viento fuerte, que soplando sobre toda mi cara y, finalmente, sobre mi frente, expulsó de inmediato todo el ardor del cerebro febril".

CAPÍTULO LV. También de Gregorio, a quien liberó de una grave enfermedad con agua fría.

En otra ocasión, el mismo Gregorio mencionado anteriormente sufría de una sarna tan virulenta y marchita en las piernas que ya creía que un tumor tan grave provenía de la enfermedad del elefante. A este, Romualdo le indicó este peculiar tipo de medicina, a saber, que sumergiera sus piernas en agua fría durante tres días, prometiéndole que de esta manera recuperaría su salud original. Lo cual, sin embargo, se esforzó por cumplir, más por la necesidad de la orden que por la confianza en recuperar la salud. ¡Qué maravilla, y solo atribuible al poder divino! De inmediato, el tumor de las piernas se redujo, todo el veneno se secó, y, habiendo dejado por completo toda enfermedad, el hermano fue devuelto a la salud en todos los aspectos. Por lo tanto, se puede creer razonablemente que Romualdo ordenó a su discípulo que sumergiera sus piernas hinchadas en agua tres veces con el mismo espíritu con el que Eliseo mandó al leproso Naamán lavarse siete veces en el Jordán (IV Reyes V).

CAPÍTULO LVI. Del discípulo que Romualdo conoció por el espíritu cuando iba a Roma, y de aquel que, criticándolo, rompió el reclusorio.

Sin embargo, algunos hombres carnales, por así decirlo, no temían reprenderlo maliciosamente y atribuir sus palabras o acciones al defecto de la ligereza. Pues un discípulo suyo, que vivía en un desierto lejano, cediendo alguna vez a la necesidad de sus parientes, finalmente accedió a ir a Roma, aunque de mala gana, por su utilidad, en tiempo de Cuaresma. Lo cual, el santo hombre reconoció de inmediato por el espíritu, y, como indignado, escribió a un hermano que estaba presente que aquel buen hombre había osado ir a

Roma por tal asunto. El otro, admirado de cómo el maestro lo sabía, ya que nadie había venido de otro lugar para hablar con él, investigó diligentemente el asunto y comprobó que era tal como el venerable hombre había dicho. Va a otro de sus compañeros, a saber, Ingelberto, que permanecía encerrado, y afirma que el maestro había dicho esto, y que sin duda tenía el espíritu de profecía. Pero él, detestando y negando por completo, reprendió al hermano, y porque esto era falso, se ató con vínculos de imprecación, diciendo: "Si él dijo esto por el espíritu de profecía, y no más bien por el diablo, que Dios todopoderoso no me permita permanecer en este reclusorio". Dicho y hecho. Pues apenas pasados unos pocos días, Ingelberto, rompiendo el reclusorio, se fue sin el permiso del maestro, y, como se dice, nunca más lo vio en esta vida.

CAPÍTULO LVII. De Gaudencio, Berardo, y un monje sanado.

Otro hermano, llamado Gaudencio, padre del abad de este Monasterio de San Vicente, se convirtió con gran fervor, y después se dedicó al servicio de Dios con un espíritu aún más ardiente. En una ocasión, pidió permiso a San Romualdo para dejar todos los alimentos cocidos y, contento con pan y agua, vivir de frutas o verduras crudas. Habiendo obtenido esto, permaneció infatigablemente en el mismo propósito, y un hermano llamado Tedaldo, compadeciéndose indiscretamente de su debilidad, se apresuró a ir al maestro y sugirió que, como el hermano no podía soportar una carga tan pesada, esta obstinación suya debía romperse por completo. Romualdo, como hombre de mente simple, dio su consentimiento a las palabras de Tedaldo y le quitó a Gaudencio el permiso para tal vida. Pero él, llevándolo gravemente, ya no quiso permanecer con Tedaldo en el desierto donde Romualdo los había puesto, sino que se sometió a Ingelberto, que había sido separado de Romualdo, y de él recibió el consentimiento para la mencionada forma de vida. Este Gaudencio, no mucho después, murió y fue sepultado en el cementerio de San Vicente junto al cuerpo del venerable Berardo, que también había sido discípulo de Romualdo. Sin embargo, Romualdo, porque él había terminado su vida en la transgresión de la desobediencia, prohibió por completo que se hiciera oración por él. Algún tiempo después, un monje de dicho monasterio, mientras celebraba el oficio matutino con los demás hermanos, de repente comenzó a sentir un dolor tan agudo en los dientes que ya no podía permanecer en el coro para cantar. Salió de inmediato y se arrojó lamentándose sobre la tumba de Berardo y Gaudencio, esperando que le llegara la curación a través de ellos, y se colocó en medio de ambos. Mientras yacía allí orando durante un tiempo, el sueño lo venció. Entonces vio a Berardo espléndidamente adornado con ornamentos sacerdotales, sosteniendo en sus manos un libro escrito con letras doradas, de pie ante el altar y celebrando los solemnes sacrificios de las misas. Pero vio a Gaudencio triste, con el rostro abatido, de pie a lo lejos detrás de Berardo, y, como excomulgado, no se atrevía a acercarse a los sagrados misterios. Entonces le habló, diciendo: "¿Ves, hermano, ese libro de Berardo maravillosamente dorado? Yo también tendría uno igual en todo, si Tedaldo, el monje, no me lo hubiera quitado, ¡ay, ay!". Y de inmediato, el hermano despertó, sano y salvo, habiendo desaparecido todo dolor. Luego, alegre, relató su visión a los hermanos en orden. Al escuchar esto, Romualdo ordenó de inmediato a los hermanos que ya mostraran caridad fraterna a Gaudencio y oraran más fervientemente por él. Por lo tanto, no sin razón se deduce que aquel que, privado de la compañía de Romualdo, perdió el libro que había merecido, ya restaurado a su gracia y elevado por sus oraciones, mereció recuperar el mismo libro: y el que Tedaldo no le había quitado sino por Romualdo, ya Romualdo, orando por él con todos los hermanos, se lo devolvió.

CAPÍTULO LVIII. Del discípulo golpeado por demonios en la cama de Romualdo.

En una ocasión, el venerable hombre, disponiéndose a viajar por una causa de necesidad, confió su celda a uno de sus discípulos y le ordenó que permaneciera en ella hasta su regreso. Pero él, temerario, al no mostrar la debida reverencia al maestro, no dudó en acostarse audazmente en su lecho. Sin embargo, esa misma noche, los espíritus malignos cayeron sobre él con gran violencia, lo golpearon severamente y, arrojado del lecho, lo dejaron casi muerto. Pues merecidamente sufrió a los vengadores de su ofensa tan soberbia, quien pecó contra un hombre tan santo al no mostrar humildad, y al no exhibir reverencia al piadoso maestro, sintió la disciplina de manos duras e impías. De manera similar, más tarde, el venerable hombre, a punto de emprender un viaje, dejó a otro discípulo en la misma celda. Cuando el discípulo le dijo: "Maestro, no me acuesto en tu lecho, porque temo que me suceda lo mismo que a otro", él respondió: "Hijo mío, acuéstate y duerme seguro; aquel que se recostó en él, por eso cayó en manos de los enemigos, porque no obtuvo el permiso de mi pequeñez, pero tú, habiendo recibido el consentimiento, pon tu esperanza en Dios y descansa sin temor". Y así, como se le había ordenado, se acostó en él y no incurrió en ningún caso adverso.

CAPÍTULO LIX. De la mujer que enloqueció y fue sanada por la bendición de Romualdo.

Un hombre secular, llamado Arduinus, se entregó a Romualdo para recibir el hábito de la santa conversación; luego regresó a casa para disponer de sus asuntos. Cuando su esposa lo vio venir, encendida por el furor femenino, exclamó contra él, diciendo: "Así, buen hombre, vienes ahora de ese hereje y antiguo seductor, y me dejas a mí, miserable y desamparada de todo consuelo humano". Y dicho esto, de inmediato se volvió loca y comenzó a delirar y agitarse como si estuviera claramente poseída por un demonio. Sin embargo, el santo hombre tenía la costumbre de que, si alguna vez enviaba a los hermanos en un viaje, les daba una bendición, ya fuera pan, fruta o cualquier otra cosa. Por lo tanto, los discípulos, como habían experimentado muchas veces, estaban seguros de que si ofrecían a cualquier enfermo algo de la bendición del maestro, lo devolverían a la salud. Pues también muchos enfermos fueron restaurados a la salud con el agua con la que se lavaban sus manos. Sin embargo, esto debía hacerse con gran cautela, para que si el santo hombre lo descubría de alguna manera, no cayera en una tristeza muy grave. Así que, cuando la mujer ya había sido atormentada miserablemente durante mucho tiempo, algunos hermanos que estaban presentes le dieron una porción de la bendición del pan que habían recibido del maestro. Luego, cuando la mujer lo comió, de inmediato, con la mente calmada, fue liberada de toda furia de locura. Inmediatamente, dio gracias a Dios todopoderoso y a Romualdo, su siervo, por la salud recuperada, y ya no negó a su esposo el permiso para la conversión.

CAPÍTULO LX. Del endemoniado curado por él.

En otra ocasión, un niño endemoniado fue llevado al santo hombre. A este no le hizo nada más que darle una porción de pan como bendición. Tan pronto como el niño fue alimentado con esto, fue liberado del demonio. Pues justamente, después de que la bendición de Romualdo entró en el cuerpo poseído, el maligno espíritu cauterizado salió de inmediato.

CAPÍTULO LXI. Del diablo que amenazó a Romualdo con la muerte y rompió la pared de la celda.

Nunquam tamen el diablo podía descansar de atacar al santo varón. Y como ya no podía nada contra él con engaños ocultos, no cesaba de mostrar visiblemente el veneno de su malicia. En una ocasión, mientras el venerable varón estaba en su celda, he aquí que el maligno espíritu, como es en verdad muy horrible, áspero y espantoso, comenzó a infundir un gran terror al

santo varón, y con un ímpetu de furia extrema amenazaba con la muerte. Y cuando Romualdo, sin miedo, buscaba ayuda del cielo y clamaba con confianza para que Cristo le socorriera, el antiguo enemigo huyó y golpeó con tal furia el muro de la celda que partió una gruesa tabla de haya en un espacio de un codo, o más. Así, en la morada mostró claramente cuánta llama de crueldad ardía contra el habitante, y de algún modo dejó escrito en la pared lo que ocultamente llevaba en su mente.

CAPÍTULO LXII. También sobre el diablo, que al asustar al caballo de Romualdo quiso hacerlo caer.

En otra ocasión, mientras el venerable varón cabalgaba con sus discípulos, he aquí que el maligno espíritu, simulando la figura de un perro rojo, se lanzó con gran ímpetu al encuentro, y asustó al caballo en el que iba montado, de tal manera que casi el santo varón fue derribado. Al ser interrogados los discípulos si lo habían visto, afirman haber visto al caballo asustado, pero testifican que nada de eso se les apareció. Él, sin embargo, dijo: Miserable aquel, que se conoce que fue un ángel ilustre, ahora no se avergüenza de mostrarse en la figura de un perro inmundo.

CAPÍTULO LXIII. También sobre el diablo, que, al surgir discordia entre los discípulos de Romualdo, golpeaba vigorosamente.

En otra ocasión, cuando decidió construir el monasterio de las Siervas de Dios, que está en Vallebona, surgió inmediatamente discordia entre los discípulos del santo varón, ya que algunos no querían, mientras que otros insistían vehementemente en que se hiciera. Y cuando ambas partes disidentes, usando diferentes argumentos, discutían ante el venerable varón, el diablo comenzó a golpear vigorosamente con un mazo ante la puerta de la celda sin cesar; y a través del bosque resonante se escuchaban los frecuentes golpes de los martillazos. Luego, cuando ya todos unánimemente acordaron que se hiciera el monasterio, he aquí que el maligno espíritu, ante todos los presentes, no cesaba de aullar, llorar y emitir voces lastimeras. Finalmente, cuando ya cada uno se retiraba a su hospedaje, el antiguo enemigo los seguía con tal tempestad y torbellino, y como si moviera todos los tipos de vientos, parecía que arrancaría todo el bosque de raíz. Pero uno de los hermanos, increpándolo, dijo: Te ordeno en el nombre de la santa Trinidad, espíritu inmundo, que dejes de seguirnos. Y así fue ahuyentado. Con razón, el autor de la discordia, al componerse la paz, fue obligado a romper en llanto, quien antes se escuchaba alegrarse con el aumento de la riña; y quien entonces intentó como quitar el círculo de un vaso vacío y dispersar las partes con las que estaba unido, al estar ya los discípulos unidos en el vínculo de la paz y la caridad, se retiró triste.

CAPÍTULO LXIV. De la vida austera que entonces se llevaba en Sytria.

Así se vivía en Sytria, que por similitud no solo de nombre, sino también de obra, parecía otra Nitria. Todos, en efecto, andaban descalzos, todos desaliñados, pálidos y contentos con la extrema escasez de todas las cosas. Algunos, encerrados con las puertas condenadas, parecían muertos al mundo, como si ya estuvieran puestos en el sepulcro. Nadie conocía el vino allí, ni siquiera si alguien sufría una enfermedad muy grave. Pero, ¿por qué hablo de los monjes, cuando incluso los sirvientes de los monjes, así como los pastores de los rebaños, ayunaban, guardaban silencio, se disciplinaban entre sí, y pedían penitencia por cualquier palabra? ¡Oh, siglo dorado de Romualdo que, aunque no conocía las torturas de los perseguidores, no carecía de martirio voluntario! Dorado, digo, siglo que, entre las fieras de los montes y bosques, alimentaba tantos ciudadanos de la Jerusalén celestial. Cuando ya había tantos hermanos allí que apenas podían habitar todos en ese lugar, entonces Romualdo, habiendo

construido un monasterio allí y puesto un abad, guardando un silencio inviolado, se retiró a Bifurco para habitar. Allí, queriendo vivir espiritualmente como abad y mantener una vida de rectitud, sufrió de él mucha injuria de persecución.

CAPÍTULO LXV. De la profecía de Romualdo y su conversación con el rey Enrique.

Mientras tanto, el emperador Enrique, viniendo de las partes ultramontanas a Italia, envió una embajada de súplica al santo varón, para que se dignara ir a verlo, prometiendo hacer lo que él ordenara, si no le negaba su conversación. Y cuando el venerable varón se negó rotundamente a romper su silencio, todos los discípulos comenzaron unánimemente a suplicarle, diciendo: Maestro, ves que nosotros que te seguimos, ya somos tantos que no podemos habitar aquí adecuadamente; ve, pues, si te place, y busca un gran monasterio para el emperador, y establece allí a la multitud que te sigue. A lo que el santo varón, no sé si ya con una revelación recibida, o por una súbita inspiración de Dios, escribió con confianza: Sepan que tendrán el monasterio del monte Amiata por donación del rey; solo consideren a quién deben establecer allí como abad. Así, guardando un silencio inviolado, fue al rey. A quien el rey, levantándose de inmediato, con gran afecto del corazón, exclamó diciendo: ¡Oh, ojalá mi alma estuviera en tu cuerpo! A quien, suplicándole que hablara, no pudo obtenerlo ese día.

Al día siguiente, cuando Romualdo llegó al palacio, he aquí que una multitud de teutones se apresuran a reunirse de aquí y de allá, inclinando humildemente sus cabezas en saludo, y ansiosamente arrancando los pelos de la vestidura de piel que llevaba puesta, los guardan cuidadosamente para llevarlos como reliquias sagradas a su patria. Este hecho sumió al venerable varón en tal tristeza que, si no fuera por la oposición de los discípulos, habría regresado de inmediato a su celda. Ingresando, pues, al rey, le habló no poco sobre la restitución del derecho de las Iglesias, sobre la violencia de los poderosos, sobre la opresión de los pobres, y después de mucho, pidió un monasterio para sus discípulos. Posteriormente, el rey le otorgó el monasterio del monte Amiata y expulsó al abad, porque estaba sujeto a muchos males. Allí, el santo varón sufrió tantas adversidades, no solo de aquel que había sido expulsado, sino también de aquel a quien él mismo había establecido como abad de entre sus discípulos, que él pudo soportar con gran paciencia, pero nosotros, aunque tuviéramos elocuencia, no podemos relatar. Pero cómo Dios lo ayudó en todo, basta con mostrarlo con un ejemplo, para que cualquier persona prudente pueda conocer lo que también sucedió en los demás casos.

CAPÍTULO LXVI. Del monje que el diablo comenzó a estrangular, pero Romualdo lo rescató.

Un monje, encendido con furia insana contra él, afiló en secreto una lanza, y guardándola, comenzó a esperar la ocasión oportuna para matar al santo varón. Pero una noche, mientras descansaba sumido en el sueño, he aquí que ve al maligno espíritu lanzarse sobre él con gran violencia, quien, echándole una cuerda al cuello, intentaba con tal ferocidad apretarle la garganta que ya se veía obligado a expirar completamente. Entonces el monje, ya en el último aliento, suplicó a Romualdo que lo socorriera. Quien, como le parecía al monje, voló de inmediato y lo rescató de las manos del iniquo enemigo. Despertando de inmediato, se postró a los pies del venerable varón, rogándole que mirara la contusión de su cuello; tampoco se avergonzó de confesar el crimen de su malicia. Finalmente, agradeció por la vida que le fue conservada y aceptó la penitencia por tan gran culpa. Y así, quien intentó arrebatarle la vida a Romualdo, ya por el mismo santísimo varón, mereció conservar la suya, y quien intentó infligirle la muerte, por él escapó del peligro de su propia muerte.

CAPÍTULO LXVII. De Romualdo, quien, rodeado de aguas, supo que se le traería alimento del cielo.

El Santo tenía la costumbre, cuando estaba en el monasterio, de que, a menos que estuviera ayunando, acudía diariamente a la mesa común con los hermanos, comía un solo plato, y luego, atento a la lectura o a lo que se hacía en cada uno, no probaba de lo demás. En el tiempo de Cuaresma, a menos que una necesidad inevitable lo obligara, permanecía continuamente en su celda. Mientras el beatísimo varón gobernaba el mencionado cenobio, ya acercándose el ayuno cuaresmal, buscaba con sus discípulos por los lugares cercanos de las montañas, donde pudiera hacer eremita. Y mientras prolongaban las largas búsquedas, de repente quedaron rodeados por aguas por todas partes, de modo que ni ellos podían regresar, ni nadie del monasterio podía de alguna manera cruzar hacia ellos. Vivían de algunas castañas que habían llevado consigo. Y cuando llegó el día del Señor, y ya no quedaba ninguna otra esperanza de alimento, los hermanos comenzaron a pelar las pocas castañas que quedaban, y ya, de algún modo dudando, preparaban de ellas la última comida. Romualdo, sin embargo, con su rostro siempre alegre, dijo con confianza que, a menos que Dios le enviara pan por alguien, ese día no comería en absoluto. Los discípulos, maravillados entre sí, preguntándose en qué esperanza se basaba para decir eso, pero seguros de que el maestro no podía hacer un voto imprudente, comenzaron a esperar con confianza un alimento adecuado para tan gran solemnidad. Ya acercándose la sexta hora del día, he aquí que llegan tres hombres cargados de pan, vino y otros alimentos, quienes dicen que han llegado con mucho esfuerzo desde tierras lejanas. Entonces, llenos de gozo espiritual, bendiciendo a Dios, todos juntos comen, y reconocen sin dudar que el beato varón lo había sabido por revelación celestial.

CAPÍTULO LXVIII. Del pez que fue encontrado en un arroyo seco por los méritos de Romualdo.

En cierta ocasión, el venerable varón llegó a Sytria. Y como aún estaba en ayunas, y los hermanos, al estar en montañas escarpadas, no tenían pescado para ofrecerle de comer, comenzaron a sentirse de algún modo avergonzados y a pensar ansiosamente qué podrían adquirir para tan venerable huésped. Entonces un hermano, creo que inspirado divinamente, corrió con prisa hacia un arroyo casi seco que fluía cerca, donde ciertamente había poca agua; pero nunca se había visto un pez allí. Así, el hermano comenzó a pedir devotamente a Dios, que quien pudo sacar agua de la roca seca para el pueblo israelita (Núm. XXIX; Éxodo XVII), se dignara mostrarle un pez en el arroyo seco. Inmediatamente, extendiendo la mano en el escaso agua, encontró un pez que pudo abundar para la refección del beato varón. Dios, ciertamente, proveyendo un banquete para su siervo, se encontró en el monte rocoso y árido, como en un valle piscoso, un vivero. Pero como creemos que estas pocas cosas de muchas sobre la vida del beato varón son suficientes, pasemos ya a su tránsito.

CAPÍTULO LXIX. Del tránsito de Romualdo.

El santo varón habitó en muchos otros lugares, sufrió muchos otros males especialmente de sus discípulos, y se realizaron muchos milagros por él, que omitimos describir porque evitamos la prolijidad de un estilo más extenso. Después de todos los lugares de sus habitaciones, cuando ya veía que su fin se acercaba, finalmente regresó al monasterio que había construido en Valle de Castro, y allí, esperando indudablemente su muerte inminente, dispuso que se le construyera una celda con un oratorio, en la que se recluyera y guardara silencio hasta la muerte. Ciertamente, veinte años antes del fin de su vida, había predicho

claramente a sus discípulos que debía descansar en el mencionado monasterio, y que le convenía exhalar su espíritu sin que nadie estuviera presente ni asistiera a su funeral. Así, hecha la reclusión, cuando su mente estaba en que pronto debía ser encerrado, su cuerpo comenzó a agravarse más y más con molestias, y ya a declinar hacia abajo, no tanto por enfermedad como por la decrepitud de la vejez. Pues desde casi medio año, una abundancia excesiva de flema con la misma debilidad del pulmón le había fluido, y una tos severa lo atormentaba. Sin embargo, el santo varón no por esto accedió a yacer en cama, ni a relajar, en cuanto era posible, el rigor habitual del ayuno. Un día, pues, comenzó a debilitarse poco a poco en la fuerza del cuerpo y a fatigarse más gravemente por la molestia que se le venía encima. Así, ya el sol declinando hacia el ocaso, ordenó a dos hermanos que estaban presentes que salieran, cerraran la puerta de la celda tras ellos; y que, dispuestos a celebrar los himnos matutinos, regresaran a él al amanecer. Y aunque ellos, preocupados por su fin, salieron como a regañadientes, no se apresuraron de inmediato a descansar, sino que, ansiosos de que el maestro pudiera morir, observaban ocultos cerca de la celda el precioso talento del tesoro. Permaneciendo allí algún tiempo, cuando luego escucharon atentamente con oídos curiosos, y no oyeron ni movimiento del cuerpo ni sonido de voz, ya opinando con certeza lo que había sucedido, empujaron la puerta, entraron rápidamente, encendieron una luz, y encontraron el santo cadáver yaciendo supino, con el alma bienaventurada arrebatada al cielo. Yacía, pues, como una perla celestial entonces descuidada, para ser colocada honoríficamente en el tesoro del sumo rey. Sin duda, quien así murió, como predijo, pasó allí donde esperó. El beatísimo varón vivió ciento veinte años, de los cuales pasó veinte en el siglo, tres en el monasterio, y noventa y siete en la vida eremítica. Ahora, pues, entre las piedras vivas de la Jerusalén celestial resplandece inefablemente, se regocija con las ardientes huestes de los espíritus bienaventurados, se viste con la blanquísima estola de la inmortalidad, y es coronado por el mismo rey de reyes con un diadema que brilla perpetuamente.

CAPÍTULO LXX. Del endemoniado sanado por una partícula de su cilicio.

Después del sacratísimo fallecimiento del venerable varón, ¿quién buscará leer cuántas señales de milagros mostró Dios por él, cuando frecuentemente puede ver también nuevas? Porque, en efecto, los milagros que ocurren en su sepulcro son tantos, que creemos mejor pasar todos en silencio que narrar unos pocos; solo dos, que fueron hechos por el mismo beatísimo confesor en otro lugar, nos basta exponer. En efecto, un hermano, que había sido discípulo del santo varón, había dado una pequeña basílica por su alma al monasterio, a la cual envió la extremidad de la manga cortada del cilicio del santo varón, y ordenó que se colocara honoríficamente bajo el altar. Sin embargo, el portador, como había sido ordenado, descuidó colocarla bajo el altar, sino que la dejó descuidadamente en una grieta de la pared. Sucedió después que un endemoniado fue llevado a la mencionada iglesia. Y mientras estaba de pie en medio, girando la cabeza de un lado a otro, miraba todo alrededor, finalmente comenzó a fijar terriblemente sus ojos en esa pared, y atento allí, donde yacía la partícula del cilicio del santo, no cesaba de exclamar con frecuentes voces: Él me expulsa, él me expulsa; y así clamando, fue expulsado de inmediato. De aquí, pues, se deduce con razón, qué no puede obtener ante la divina clemencia por sí mismo, ante cuya brevísima partícula de vestimenta el demonio no pudo permanecer; y quien tal cosa exhibe ausente, ¿qué no ejerce por la presencia del cuerpo?

CAPÍTULO LXXI. Del administrador que robó una vaca y fue inmediatamente muerto.

En otro tiempo, un tal Castaldius arrebató violentamente una vaca a una pobre mujer, y despreció escucharla cuando clamaba y le suplicaba con muchas oraciones. Ella, de

inmediato corriendo, llevó dos pollos de gallina a la iglesia que mencionamos antes, y arrojándolos ante el altar, comenzó a clamar lastimeramente con estas palabras: Oh San Romualdo, escucha a la miserable, no desprecies a la desolada, y devuélveme mi sustento injustamente arrebatado. ¡Cosa maravillosa! Apenas el administrador había salido de la casa de la mujer con el robo, y de inmediato, herido por el disparo de una flecha, dejó la vaca en el mismo lugar, y luego, llegando a su casa, expiró de inmediato.

CAPÍTULO LXXII. Del cuerpo de Romualdo encontrado intacto después de cinco años.

Después de cinco años del fallecimiento del santo varón, dada a los monjes la licencia de la sede apostólica para construir un altar sobre su venerable cuerpo, un hermano llamado Azo fue al bosque para hacer una pequeña caja que pudiera contener solo los huesos y el polvo del santo confesor. La noche siguiente, un venerable anciano se apareció en sueños a un hermano, quien de inmediato le preguntó: ¿Dónde está el prior de este monasterio? Y cuando él negó saberlo, el anciano añadió de inmediato: Se fue al bosque, dijo, para fabricar una caja, pero el cuerpo del santo varón no cabrá en un recipiente tan pequeño. Al día siguiente, el prior, habiendo hecho la caja, regresó, y de inmediato fue interrogado por el hermano que había tenido la visión sobre la causa que lo había llevado al bosque. Y cuando él, como cansado por el trabajo, no quiso decirlo, el hermano relató la causa de su viaje, y no ocultó lo que él mismo había visto, exponiéndolo en orden. Excavando, pues, el sepulcro, encontraron el cuerpo del santo varón casi completamente intacto e incorrupto, como estaba cuando lo entregaron por primera vez a la sepultura, excepto que en algunos de sus miembros parecía haber crecido una ligera pelusa de moho. Rechazada, pues, la pequeña caja que había sido hecha, de inmediato prepararon un recipiente adecuado a la medida del cuerpo del santo, y colocando en él las reliquias sagradas, consagraron solemnemente el altar sobre ellas. Falleció, pues, el beatísimo varón Romualdo el día trece antes de las calendas de julio, reinando nuestro Señor Jesucristo, quien con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los infinitos siglos de los siglos. Amén.